

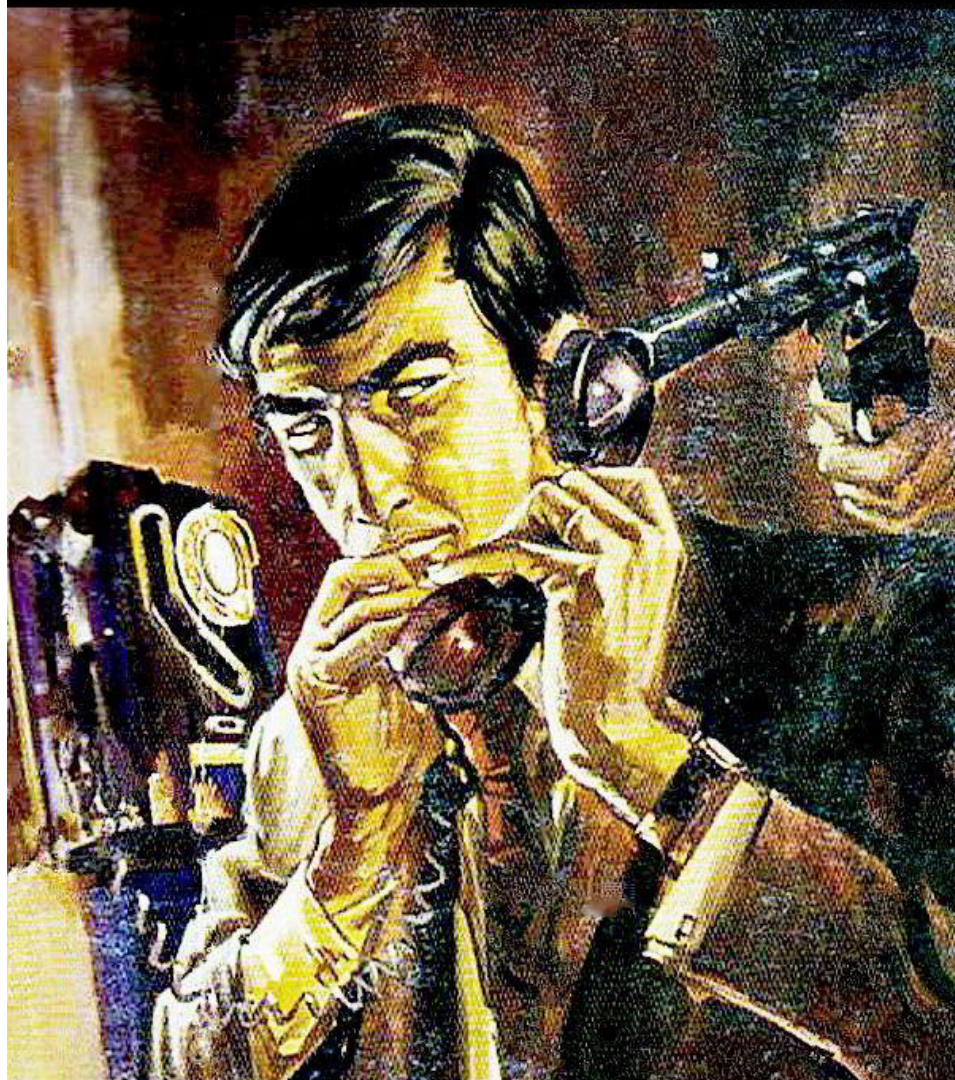
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL FINADO NO TE OLVIDA

Keith Luger



Giulia Martino trabajaba como taquígrafa en el hotel Marco Aurelio de Roma. Tenía otras seis compañeras, y todas ellas estaban al servicio de los huéspedes del hotel.

Giulia y su amiga Elsa, se encontraban en la pequeña oficina, donde había seis mesas con sendas máquinas de escribir.

Elsa era alemana y había congeniado con Giulia desde que ésta entró a prestar sus servicios en el hotel, un año antes.

Habían hecho tanta amistad que ahora compartían un pequeño apartamento.

NOTA: Publicado por editorial Bruguera en la colección Punto rojo con el número 246, en el año 1966.



Keith Luger

El finado no te olvida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1410

ePub r1.0

Lds 13.11.18

Título original: *El finado no te olvida*

Keith Luger, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Giulia Martino trabajaba como taquígrafa en el hotel Marco Aurelio de Roma. Tenía otras seis compañeras, y todas ellas estaban al servicio de los huéspedes del hotel.

Giulia y su amiga Elsa, se encontraban en la pequeña oficina, donde había seis mesas con sendas máquinas de escribir.

Elsa era alemana y había congeniado con Giulia desde que ésta entró a prestar sus servicios en el hotel, un año antes.

Habían hecho tanta amistad que ahora compartían un pequeño apartamento.

Valeria y Monique, pasaban a máquina los trabajos que aquella misma tarde habían tomado en taquigrafía.

Mientras escribían, Elsa preguntó:

—¿Qué le has dicho a Norberto, Giulia?

—Que me deje en paz.

Las dos jóvenes tomaban un refrigerio, *sándwiches* con botellas de cerveza.

—¿No te gusta Norberto?

—No es mi tipo.

—Caramba, pues ese mecánico debía dirigirse a mí... El chico está como quiere.

—Elsa —dijo Giulia con tono de reconvención.

—¿Qué mal hay en decir la verdad?

—Que a ti te parecen todos estupendos.

—Menos el portero de nuestra casa. Es bajo y regordete.

—Pobre señor Alberto. Es servicial, simpático, agradable...

—Pero sigue siendo bajo y regordete. En cambio Norberto...

En aquel momento entró la directora del grupo, Graziella Gemma, una mujer de unos cuarenta años que se conservaba bien,

tiesa, autoritaria.

—Giulia —dijo—. Has de estar en diez minutos en la *suite* 314.

—De acuerdo —dijo Giulia.

—Es míster Aldiss.

—¡Oh, no...!

Graziella enarcó las cejas.

—¿Qué tienes contra míster Aldiss?

—Es un poco pesado...

—Yo diría que es muy amable.

—Señorita Gemma, mande usted a otra.

—El señor Aldiss pidió que fueses tú. No puedo desairarlo. Lo dicho, dentro de diez minutos.

Inmediatamente, Graziella salió de la estancia.

Las dos jóvenes que trabajaban en la máquina interrumpieron el tecleo.

Valeria hizo un gesto cómico hacia Monique mientras parodiaba a Giulia:

—Oh, no quiero trabajar con el señor Aldiss porque se acerca demasiado, y, cuando te descuidas, te está mirando a los ojos fijamente, te está cogiendo una de las manos y te está pidiendo que te cases con él.

Monique estalló en carcajadas.

Giulia se volvió furiosa.

—Si tanto os gusta míster Aldiss, ¿por qué no le hacéis una llamada telefónica para que os llame en mi lugar?

Elsa dio un suspiro.

—Después de todo, míster Aldiss es un hombre con muchos encantos.

—Oh, sí, es un tipazo —le interrumpió Giulia.

—¿Te atreverías a jurar que no?

—Te lo regalo.

—Estupendo. A ver si se deja empaquetar y me lo mandas. Y no te preocupes por los portes. Los pagaré yo.

Las palabras de Elsa fueron coreadas con nuevas risas por Valeria y Monique.

Giulia mordió en el *sándwich* con rabia.

Valeria, continuando su parodia, se puso en pie y, contorsionándose mucho, dijo:

—Míster Aldiss, si me pellizca elija el otro lado. En el de la derecha me di un golpe esta mañana.

Giulia le señaló con un dedo.

—¡Que se atreva a pellizcarme a mí y verás lo que le hago!

Valeria puso los brazos en jarras.

—Pero ¿qué clase de tonta eres tú? ¿Quién te crees que eres? ¿Es que no sabes aprovechar tus oportunidades? ¿No te contaron que, hace dos años, míster Aldiss se llevó a una chica que trabajaba aquí, como tú, a Emma Mafi? Y se la llevó como taquígrafa. Y Aldiss le quedó muy agradecido por sus trabajos de...

—Claro, por sus trabajos de taquígrafa —la interrumpió Giulia con sarcasmo—. Y por eso le compró un apartamento en París y un collar de perlas.

—Lo sabes, ¿eh?

—Claro que lo sé. Y también sé que míster Aldiss y Emma ya terminaron.

—Es maravilloso terminar así... En estos momentos, Emma Mafi se dispone a hacer su primer filme y eso también se lo debe a míster Aldiss. Fue él quien la lanzó.

—A mí no me gusta que me lancen. ¿Lo oyes bien?

Giulia dejó el bocadillo en un plato, tomó su cartera de trabajo y se encaminó hacia la puerta.

—Cuidado con el lobo, Caperucita —dijo Valeria.

Elsa se había vuelto hacia ellas.

—¿Queréis dejarla en paz? Al fin y al cabo, es ya mayorcita para tomar sus decisiones.

Definitivamente, Giulia salió de la estancia.

Subió en el ascensor con Aldo, un muchacho que llevaba trabajando en el hotel unas semanas.

—Eh, Giulia, en el cine de al lado de mi casa hacen una película de las que a mí me gustan. Salen vampiros. ¿Te gustaría verla?

—No, Aldo. Me dan terror esa clase de cintas.

—¿Para qué crees que estaré a tu lado? No te preocupes, yo te protegeré de todos los vampiros.

—Eres muy amable, pero prescindiré de tu protección por ahora.

Aldo se acercó a la joven.

—Oye, ¿por qué no hacemos un ensayo de cómo debo protegerte? —Levantó un brazo para pasarlo por los hombros de

Giulia.

—Si me tocas, te dejo la cara para que des miedo tú también.

—Eh, princesa, si todavía no te he tocado.

—Por si acaso.

—Menudos humos tienes, hija... Ya sé, soy demasiado poco para ti, ¿eh? Si fuese uno de esos ricachones...

Giulia apretó los labios con fuerza y cerró los ojos.

Aldo interpretó mal el gesto. Aprovechó su oportunidad y besó en los labios a Giulia.

Justamente, el ascensor ya había llegado a su destino.

Aldo no supo lo que pasó.

De pronto, algo hizo explosión en su cara y se encontró tendido en la jaula.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Giulia le había soltado un bofetón de campeonato.

Giulia ya había salido del ascensor y caminaba con mucha solemnidad hacia la *suite* 314.

Llamó a la puerta.

—Adelante. Está abierto —dijo una voz desde el interior.

Giulia entró en la *suite*.

No vio al pronto a míster Aldiss, pero sí vio la mesa dispuesta para la cena.

—¿Señor Aldiss...?

El huésped salió a su espalda, como si hubiese atravesado la pared.

Las manos de míster Aldiss la cogieron por los brazos y la hicieron girar.

—Eh, míster Aldiss, ¿qué le pasa?

—Me pasa que hace más de un mes que no te veo, Giulia. Mis negocios me llevaron a las otras cuatro partes del mundo y yo quería estar en Europa. Y era por ti, Giulia.

—Pero, míster Aldiss... Yo sólo vine como taquígrafa.

—Olvídate de eso.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es que no lo ves? Vamos a cenar juntos.

—De ninguna manera.

—Italia es maravillosa —exclamó míster Aldiss, mirando el techo—. Sabía que aquí encontraría el amor de mi vida —ahora

miró a la joven—. Y eres tú, Giulia. ¿Cómo no te has dado cuenta hasta ahora?

—Señor Aldiss, un poco de formalidad. Apuesto a que todo eso lo ha ido repitiendo en las otras cuatro partes del mundo. Habrá dicho a una chica en Tokio: «Japón, qué maravilloso país. Sabía que aquí encontraría el amor de mi vida. Eres tú, Jitsuko...». Y a una chica en Río de Janeiro: «Brasil, qué maravilloso es este país...».

—No sigas, nena. Me estás partiendo el corazón.

—Debe de tener el corazón muy grande, señor Aldiss, porque ya se le ha partido muchas veces.

—Eso te debe decir que soy un hombre constante.

Míster Aldiss ya la tenía abrazada contra la puerta.

—Señor Aldiss, si no me suelta, me pongo a gritar.

—Sí, ¿eh?

—Sí.

—Está bien, Giulia.

Míster Aldiss se apartó de Giulia. Era un hombre fornido, de cabello negro, ensortijado, sienes plateadas.

Giulia comprendía que aquel hombre entusiasmase a mujeres, pero lo cierto era que a ella no le gustaba lo más mínimo. No, decididamente no era su tipo. Pero ¿quién sería su tipo?, se preguntó.

—Hasta la vista, señor Aldiss.

—¡No puedes marcharte sin cenar! —gritó míster Aldiss.

—Le agradezco mucho la cena que ha preparado, pero no tengo ningún apetito. De modo que se la va a comer usted.

Míster Aldiss abarcó la mesa con los dos brazos.

—¿Cómo quieres que coma todo esto...? Hay caviar, codorniz asada al gusto de Taormina, langosta del Adriático... ¡Y hasta tienes tu plato de *spaghetti*...!

—Que le aproveche.

—Eres una ingrata.

—Conozco su sentido de la gratitud, señor Aldiss, y no me gusta nada.

—Muy bien. Siéntate. Te voy a dictar.

—¿Eh?

—¡Ya lo has oído! Eres una taquígrafa, ¿no? ¡He de dictarte!

Giulia se había quedado inmóvil. Titubeaba.

Míster Aldiss paseaba de un lado a otro y de pronto se detuvo.

—Eh, ¿qué haces ahí? Necesitaba una taquígrafa para dictarle unas cartas.

—Sí, señor —dijo Giulia con voz grave.

Aldiss le señaló una silla.

—Siéntese.

Giulia se apartó de la puerta y se sentó en la silla que el huésped le había señalado.

Abrió su cartera de trabajo, sacó el cuaderno de notas y el bolígrafo.

—Cuando usted quiera, señor Aldiss.

—Oh, sí, desde luego —dijo Aldiss, y continuó sus paseos tironeándose de la oreja—. Estimado Johnny —hizo una pausa—. Johnny es John Rockefeller... Estimado Johnny, aquí me tienes en Roma, haciendo de las mías —se interrumpió otra vez mirando a Giulia con el ceño fruncido—. No pongas eso.

—No, señor Aldiss.

—Estimado Johnny —Aldiss continuó paseando. Dejó correr otros segundos y gritó—: ¡Fuera Johnny...! ¡Quiero decir que no le escribo a Johnny...! ¡Ya recibe demasiadas cartas...!

—Sí, señor Aldiss.

—Muy bien, Tome una carta para el presidente.

—Sí, señor... Estimado presidente... ¿O le va a llamar «presi»?

—¿De qué está hablando?

—¿No es el presidente de los Estados Unidos?

—¡No, no es el presidente de los Estados Unidos, a quien va dirigida la carta, sino a Luke B. Johnson, presidente de la Asociación de Pescadores de Boston!

—Oh, perdón.

—Estás perdonada... Escribe: Estimado amigo Luke, durante mi estancia en el Japón pesqué una trucha de tamaño... —Aldiss se interrumpió y empezó a medir con las manos. Le pareció una medida muy pequeña y agrandó el espacio.

—¿Una trucha tan grande como una vaca? —sugirió Giulia.

—Noto cierta ironía en tu voz. ¿No crees que pesqué una trucha tan grande como una vaca?

—Bueno, si usted lo dice...

Aldiss dio un manotazo.

—¡Tienes razón! ¡No fue tan grande...! ¡Fuera la carta de Luke B. Johnson...! ¡Ya le escribiré otro día...!

—Sí, señor. Fuera la carta de Luke B. Johnson —dijo Giulia y trazó una raya bajo los últimos signos taquígrafos.

—¿A quién demonios tengo que escribir una carta...? Tengo un montón de cartas para contestar, y no se me ocurre ninguna. ¿Sabes por qué? ¡Por tu culpa...!

—Entonces se me ocurre una magnífica idea. Me marcharé de aquí y enviaré en mi lugar a una compañera.

Giulia empezó a alejarse otra vez hacia la puerta.

—¡Párate ahí!

Giulia se detuvo.

Aldiss la señaló con la mano.

—¿Quién te ha dicho que te marches? ¡Te voy a dictar una carta, aunque sea lo último que haga en mi vida!

—¿Le puedo ayudar, señor Aldiss? —preguntó Giulia, ocupando de nuevo la silla.

—¿A qué clase de ayuda te refieres? —preguntó Aldiss con aspereza.

—¿Por qué, para variar, no le escribe a su esposa?

—¿Cómo? —Gruñó él como una fiera antes de atacar a zarpazos.

—Usted es casado, ¿no lo recuerda?

—¡Claro que recuerdo que soy casado!

—Su esposa se alegrará mucho si recibe una carta.

—No sabes cómo es mi mujer... —Casi gimíó—. Ella se alegra cuando le compro un nuevo abrigo de visón y no cuando le mando una carta...

De pronto, Aldiss se hincó de rodillas ante Giulia.

—Giulia, ¿quieres tú un abrigo de visón? Te abrigará mucho, te lo aseguro.

—No tengo frío, señor Aldiss —contestó Giulia.

—He oído que el invierno va a ser muy duro.

—Lo pasaré con el que tengo.

—Giulia... Giulia... —dijo míster Aldiss con voz quebradiza—. ¿Es que no sientes nada por mí?

—Sí, señor.

—¿Lo ves? ¡Ya lo había supuesto! —exclamó el hombre de negocios con voz triunfal.

—Siento por usted una gran simpatía, señor Aldiss.

—De ahí al amor, sólo hay un paso.

—No espere jamás que dé ese paso, míster Aldiss.

—¡No me llames míster Aldiss!

—Está bien. Le llamaré míster Dondinero, como mis compañeras.

—¡Es horroroso! Llámame Robert... Te quiero, Giulia, te quiero... Te quiero...

Giulia quería levantarse, pero no podía porque míster Aldiss hacía fuerza sobre ella contra la silla.

—Míster Aldiss, tengo que salir de aquí ahora mismo, puesto que ya terminé mi trabajo. Un huésped me está esperando en otra habitación del hotel, y es un asunto muy urgente.

—No hay nada más urgente que lo que va a pasar entre tú y yo.

—Sí, creo que tiene razón.

—¡Por fin!

Giulia cogió la fuente más cercana a ella y, sin pensarlo dos veces, se la puso por sombrero a míster Aldiss.

Resultó ser la fuente de los *spaghetti*.

Míster Aldiss dejó libre a Giulia, la cual pudo escapar hacia la puerta.

Al llegar al umbral de la habitación, se volvió.

Míster Aldiss seguía de rodillas en el suelo, inmóvil como si fuera un animal prehistórico.

Giulia salió de la habitación y tocó el botón de llamada del ascensor.

Al abrirse la jaula, Aldo retrocedió un paso hacia el interior.

—Eh, Giulia, olvida lo que te hice.

—Abajo, Aldo —dijo Giulia—. Aprisa.

—Sí, Giulia. Ahora mismo.

Aldo, todavía con temor, apretó el botón de bajada.

Giulia estaba confundida, llena de indignación, cuando entró en la oficina.

Elsa se estaba pintando los labios frente al espejo y dijo al verla:

—Caramba, ¿ya estás aquí?

—¡Es un ogro...!

Valeria y Monique interrumpieron su trabajo para no perderse una palabra de lo que decía Giulia. Se miraron cambiando una

risita.

Elsa exhaló el aire de sus pulmones y preguntó con voz paciente:

—¿Qué has hecho, Giulia?

—Algo espantoso.

—No me digas que lo mataste.

—No, todavía no.

—¿Qué fue, entonces?

—Le planté los *spaghetti* en la cabeza...

Valeria y Monique pusieron cara de asombro, pero Elsa, que se había quedado también sorprendida, lanzó una carcajada.

Giulia miró a su compañera y empezó a reír.

—¿Cómo quedó, Giulia? —preguntó Elsa.

—Estaba allí, de rodillas... Con los *spaghetti* cayéndole de la cabeza a los pies... Parecía un cómico... Jerry Lewis, o Peter Sellers, en uno de esos filmes disparatados.

Elsa ya estaba muy seria. Por fin, Giulia también dejó de reír.

—No hace falta que digas nada, Elsa. Sé que es el final. Me van a despedir. Y lo harán inmediatamente. Será mejor que recoja mis cosas.

Monique dijo:

—No has dado detalles.

Giulia abrió el cajón de su mesa y empezó a sacar objetos de uso personal.

Mientras tanto, contestó:

—Me tenía preparada una cena, digna de una princesa.

—¿Y tú no la aceptaste?

—Claro que no.

—¿Qué más, Giulia? —preguntó Monique.

—Me ofreció un abrigo de visón.

—¡No!

—Sí. Eso fue un poco antes. Y me dijo, te quiero, te quiero, te quiero. No pude resistir aquel disco rayado y le planté los *spaghetti* en la cabeza.

En aquel momento, se abrió la puerta y Graziella Gemma entró en la habitación.

—¡Giulia!

La taquígrafa dio dos pasos hacia ella.

—Señorita Gemma, le mentiría si dijese que lo siento. No tengo

nada de qué arrepentirme. Si pasasen las cosas de nuevo, otra vez le plantaría encima la fuente.

—Giulia, ¿de qué estás hablando? Pero eso no importa ahora... Un caballero quiere verte. Dice que es algo muy urgente... Pase, por favor. Aquí tiene a Giulia Martino.

Entró un hombre de unos cincuenta años, que se cubría de oscuro y defendía sus ojos con gafas de carey. Tenía una cartera en la mano derecha y el sombrero en la izquierda.

—Encantado de conocerla, señorita Martino. Soy Fernand Marchal, notario de París... Señorita Martino, la felicito.

—¿Felicitarme? ¿Por qué?

—Porque es usted heredera de un millón de dólares.

CAPÍTULO II

Giulia quedó más aturdida que si el propio míster Aldiss le hubiese dicho que estaba dispuesto a divorciarse para casarse con ella.

—¿De qué está hablando, señor Marchal?

El notario de París sonreía feliz.

—Sí, señorita Martino. Me oyó bien. Es usted heredera de un millón de dólares.

Graziella y las compañeras de Giulia que se encontraban allí en aquellos momentos habían interrumpido hasta la respiración.

—Pero no comprendo, señor notario —dijo Giulia—. No puede ser... Tiene que existir una equivocación.

—¿Por qué dice eso?

—Mi tío Vitorio es mi único familiar. Vive en Sicilia y él sólo tiene un viñedo muy pequeño...

—Perdone, señorita. No se trata de su tío Vitorio.

—¿Quién es, entonces, el muerto?

—Gastón Lafarge.

—¿Cómo ha dicho?

—Gastón Lafarge —sonrió Marchal triunfalmente—. Ése es el hombre que le ha dejado a usted el millón de dólares.

Entonces se rompió la inmovilidad del grupo.

Elsa fue la primera en abrazar a Giulia, y el ejemplo fue seguido por Valeria, Monique y hasta la propia señorita Gemma.

El aire se llenó de exclamaciones de júbilo y todas besaron a Giulia.

El notario Marchal sonreía contemplando la escena.

—¡Esperad un momento! —gritó Giulia.

Sus amigas se apartaron de ella.

—Señor notario, ¿ha dicho usted Gastón Lafarge? —tartamudeó

Giulia.

—Sí, señorita.

—No puede ser.

—¿Lo va a saber usted mejor que yo que le traigo el testamento?

—Pero, señor Marchal, hay algo muy importante que debo decirle enseguida.

—¿A qué se refiere?

—A que yo no conozco a ningún Gastón Lafarge...

—No es posible.

—Lo es, señor Marchal. No conozco a ningún Gastón Lafarge.

—Pero si él le ha dejado un millón de dólares.

—Yo no lo conozco y es por lo que hablé de un error.

Elsa gritó:

—¡Nada de error! ¡Tú eres dueña de un millón de dólares!

—Lo eres, Giulia —exclamó Graziella—. Y si este caballero trata de quitarte un céntimo, aquí estoy yo...

Dio un paso hacia el notario, el cual retrocedió mientras exclamaba:

—¡Eh, que yo no quiero quitar nada a nadie! Todo lo contrario. He venido a Roma para cumplir con todos los requisitos legales. Si esta señorita es Giulia Martino, estoy ante la heredera de Gastón Lafarge...

—¡Viva Giulia! —exclamó Valeria.

—Señor Marchal —dijo Giulia y se humedeció los labios con la lengua antes de proseguir—: Lo siento por mí, pero indudablemente usted debe buscar a otra Giulia Martino.

—¡Ni hablar! ¡Eres tú! —exclamó Elsa.

—Por favor, Elsa. ¿Quieres callarte un momento? No puedo aceptar un millón de dólares para devolverlos al día siguiente. ¿O es que me queréis ver en la cárcel por usurpación de personalidad?

Sus amigas perdieron el optimismo del que habían estado embargadas hasta ese momento.

Graziella sacudió la cabeza.

—Sí, Giulia. Creo que tienes razón. Fue solo un maravilloso sueño. Caballero, puede continuar su trabajo.

—Está bien, señorita Gemma, ¿qué otra Giulia Martino hay en este hotel?

—Ninguna.

—Pues la heredera es la joven que tengo delante. Lo dice bien claro el testamento. De todas formas haré la comprobación... Señorita Martino, en nombré de los poderes que represento, le ruego que conteste sin falsedad a mis preguntas, ¿está preparada?

—Desde luego —asintió.

—¿Nació en Nápoles?

—Sí.

—¿Un 24 de febrero?

—Desde luego.

—¿De 1943?

—Sí... Mi madre me trajo al mundo antes de lo previsto porque la sorprendió un bombardeo...

—¿El nombre de su padre era Renato?

—Sí.

—¿El de su madre Silvana?

—Exacto.

—Entonces, no existe la menor duda. ¡Es usted Giulia Martino, la heredera de Gastón Lafarge!

Otra vez sobrevino la explosión de entusiasmo por parte de las muchachas.

Graziella abrazó al notario.

—Sí, señor, así se habla. Es usted todo un tipo. ¡Viva Francia!

Y como no podía ser menos, siguiendo la costumbre francesa, lo besó en una mejilla y luego en otra.

—Un momento... Un momento —dijo Giulia.

—¡No empieces con más dudas! —repuso Elsa, malhumorada—. Parece que no tengas interés en recibir ese millón de dólares.

—Ya ha quedado todo claro —dijo el notario Fernand Marchal—. Pero, si quiere mostrarme su tarjeta del seguro, o cualquier documento de carácter personal, se lo agradeceré mucho.

La propia Elsa tomó el bolso de Giulia y sacó la tarjeta del seguro.

—Aquí lo tiene, señor Marchal. Puede comprobar su fecha de nacimiento, el nombre de sus padres. Ésta es la genuina Giulia Martino...

—¿Queréis dejarme hablar? —gritó Giulia, mientras el notario tomaba la tarjeta que le alargaba Elsa.

El notario no le hizo ningún caso de momento, ya que observó

los datos de la tarjeta, y luego con una sonrisa, dijo:

—La felicito de nuevo, señorita Martino.

—Pero ¿quién es Gastón Lafarge...?

—Oh, sí... Usted dijo que no lo conocía. Precisamente traigo aquí una fotografía de Gastón Lafarge. Ahora la verá.

Fernand Marchal abrió su cartera y sacó un diario francés, que puso delante de Giulia por la primera página.

Giulia vio varias fotografías.

—Éste es Gastón Lafarge —dijo el notario, señalando la del centro.

Gastón Lafarge era un hombre de unos treinta y cinco años, nariz aguileña, de labios que se curvaban hacia abajo por las comisuras.

Todos estaban esperando las palabras de Giulia.

—Lo siento, señor Marchal, pero no conozco a este hombre.

—¡Eso es absurdo...! —comentó Marchal, haciendo un gesto de estupor.

—¡Claro que lo conoce! —intervino Elsa—. Fijaos bien, muchachas —cogió el periódico y lo acercó a sus compañeras—. ¿Cuántas veces hemos visto a este hombre esperando a Giulia en la puerta del hotel?

—Yo lo he visto por lo menos diez veces —dijo Valeria, levantando la mano como si respondiese a la pregunta de la maestra.

—Yo he hablado por lo menos seis veces con él —dijo Monique.

—¿Qué clase de embustes estáis diciendo? —repuso Giulia—. Estoy segura de que tampoco vosotras habéis visto a este hombre en vuestra vida. Yo nunca he salido con él.

—Ya tengo la solución —dijo Elsa—. Se trata de un benefactor. Hay muchos. Si Gastón Lafarge ha querido dejarte un millón de dólares, es cuestión suya. La ley te protege, Giulia... ¿No es verdad, señor notario?

—Sí, pero estoy hecho un lío.

De repente, Monique lanzó un grito de terror.

—¿Qué te pasa, Monique? —dijo Elsa—. Y no me digas que ese Lafarge es tu primo... Si tratas de quitarle un solo dólar a Giulia, te arranco la cabellera.

—¿No habéis leído lo que dice aquí? Es el motivo que se

publique la fotografía de Gastón Lafarge en la primera página.

—Oh, sí. Lo olvidé —dijo el notario.

—¿De qué se trata, Monique? —dijo Giulia.

Monique tragó saliva. Todavía su rostro conservaba la mueca de terror.

Por fin leyó:

—«Un hombre muerto a tiros en la plaza de la Opera». — Monique hizo una pausa—. Y más abajo dice: «La víctima, Gastón Lafarge, fue materialmente acribillado a balazos. En la Morgue le pudieron ser contados dieciséis orificios de entrada y doce de salida...».

CAPÍTULO III

La lectura de aquella noticia había hecho palidecer a las mujeres.

Giulia rompió el silencio:

—Monique, ¿cogieron a los que lo mataron?

—No, porque no saben quiénes son.

—¿De cuándo es ese periódico?

—De ayer.

—Señor Marchal —dijo la joven heredera, dirigiéndose al notario—. ¿Qué me puede decir de la muerte de ese hombre?

—No sé más de lo que leí en la Prensa... Quiero decir que las cosas siguen estando como al principio. La muerte de Gastón Lafarge permanece rodeada por el mayor misterio.

—¿A qué se dedicaba Gastón Lafarge?

—A nada fijo. Verá, era lo que nosotros llamamos un aventurero... Estuvo en Indochina, más tarde en Argelia, y se dice, aunque no se ha podido probar, que tampoco se perdió lo de Cuba.

—¿No tenía familia?

—No, señorita Martino. No se le conoce ningún pariente... Cuando yo se lo pregunté, me dijo que estaba solo en el mundo y que, por eso, la nombraba a usted heredera de su millón de dólares.

Giulia se llevó una mano a la frente.

—No comprendo que un hombre a quien yo no conozco me puede dejar tanto dinero.

—Tengo una sugerencia a ese respecto.

—Hágala.

—Quizá el señor Lafarge la conoció a usted siendo niños, hace mucho tiempo. El ha recordado siempre esa amistad, pero usted la ha olvidado.

—Dame ese diario, Monique.

Giulia observó más atentamente la fotografía de Gastón Lafarge.

—No, no puedo acordarme.

Elsa medió:

—Bueno, a cualquiera le pasa eso. Ya sabes, no te acuerdas de un nombre, de una persona, de una fecha o de un lugar. Y en el momento más inesperado, zas, te viene a la memoria. Ya verás cómo recuerdas a Gastón Lafarge.

El notario dijo:

—Yo redacté el testamento de acuerdo con la petición de Gastón Lafarge. Es como cualquier otro.

Fernand Marchal abrió su cartera y extrajo un sobre con unos papeles.

—Éste es el testamento —y tras carraspear agregó—: «Yo, Gastón Lafarge, natural de París, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales...».

Siguió leyendo la fórmula ritual del testamento.

—«Nombro heredera de mis bienes por valor de un millón de dólares a Giulia Martino, nacida en Nápoles el 24 de febrero de 1943, hija de Renato y de Silvana, y que actualmente trabaja como taquígrafa en el hotel Marco Aurelio de Roma». —Marchal levantó los ojos—. Después viene la firma que usted puede examinar.

Giulia estaba perpleja porque ahora, con la lectura del documento oficial, ya estaba completamente convencida de que Gastón Lafarge se había referido única y exclusivamente a ella.

—Bueno, ¿dónde está el millón? —dijo Elsa.

Marchal sacó un sobre de su cartera.

—Aquí es donde lo dirá.

—¿Quiere decir que usted no lo sabe?

—No, señorita Giulia. Lafarge me pidió redactase el testamento y me dio este sobre, que yo no debía abrirlo por ningún concepto. El señor Lafarge me encargó que la carta sólo debía ser entregada a Giulia Martino en caso de que él muriese, y que ninguna otra persona podía tener acceso a su contenido.

Marchal hizo una pausa y luego dijo con voz solemne:

—Señorita Martino, en cumplimiento del encargo de mi cliente, le hago entrega de esta carta.

Giulia alargó la mano y tomó el sobre.

Los ojos de sus compañeras estaban fijos en aquel pedazo de

papel que, según la declaración de Fernand Marchal, valía para Giulia nada menos que un millón de dólares.

—¿Qué haces, Giulia? —exclamó Elsa—. ¿Por qué no lo rompes? ¡Date prisa o me moriré de emoción!

Giulia rasgó el sobre y extrajo una simple cuartilla, a la que dio lectura en voz alta:

«Querida Giulia:

»De acuerdo con mi testamento eres dueña de un millón de dólares. Deseo que lo disfrutes con salud. Pero ten cuidado. Yo también estaba muy sano y mira lo que han hecho conmigo. Es la vida, muchacha. Volviendo al millón de dólares, lo encontrarás en París. Sólo tienes que llegarte al tercer puente del Sena el día 2 del próximo mes, a las doce de la noche. Asómate al pretil y canta la canción de *Los tres cerditos*. Un pez saltará del agua. Sólo tienes que cogerlo y él te escupirá por la boca el millón de dólares.

»Tuyo afectísimo, *Lafarge*».

Elsa se tambaleó.

—No, no puedes haber leído bien... Señorita Gemma, dígame que estoy soñando, díganmelo aprisa...

—Giulia nos quiere gastar una broma. ¿Verdad que sí, Giulia? Es eso. Trata de embromarnos, y acaba de inventar la carta.

Giulia seguía con los ojos fijos en el mensaje del finado señor Lafarge.

Movió la cabeza débilmente.

—No, señorita Gemma. No he inventado nada. Lo he leído literalmente, sin poner nada de mi parte.

Graziella Gemma atrapó la carta, y la leyó moviendo los labios para sí. Cuando hubo terminado, cerró los ojos, y dijo:

—Ahora está claro. Era un loco.

Giulia dio un suspiro y sonrió.

—Bueno, ya se aclaró todo.

Elsa señaló al notario:

—¿Cómo se ha atrevido a consentir esto, señor Marchal?

El notario de París estaba realmente confuso.

—No sé, no comprendo. Es increíble. Pero aquel hombre parecía en perfectas condiciones. Se lo aseguro. Nunca creí que fuese un loco. Parecía muy educado y sus maneras eran las de un hombre de mundo. Les aseguro que en ningún momento observé en él nada anormal —sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente—. Señorita Martino, yo también soy víctima de esa situación tan enojosa.

—No hace falta que se disculpe. Me hago cargo.

—Me tiene a sus órdenes, señorita Martino. Me hospedaré en este hotel hasta mañana en que emprenderé el regreso a París. Si alguna vez me necesita, mi dirección consta en el testamento... Oh, perdón, no quise nombrarlo.

Fernand Marchal retrocedió hasta la puerta.

—Una vez más, le presento mis disculpas.

—Adiós, señor Marchal.

El notario saludó a unas y a otras mujeres moviendo la cabeza y salió de la oficina.

—Bien, chicas —dijo Graziella—. La comedia ha terminado. Cayó el telón.

Elsa dio un suspiro.

—Muy ingeniosa, señorita Gemma. Todo fue una farsa, ¿eh?

—No fui yo quien la inventó.

Valeria y Monique se dirigieron a sus mesas respectivas para continuar el trabajo que habían interrumpido.

Elsa consultó su reloj y dijo:

—Señorita Gemma, ya es la hora de salida. También acabó la otra función.

—Pueden marcharse —dijo Graziella, que había recuperado el dominio de sí misma, y volvía a ser la autoritaria directora del departamento.

Giulia no despegaba los labios. Recogió sus cosas y lo mismo hizo Elsa.

—Hasta mañana —dijo Giulia con voz débil.

Poco después llegaban a la calle.

Un joven se les acercó.

—Hola, muchachas —dijo con jovialidad.

—Hola, Norberto —dijo Elsa, con entusiasmo.

Norberto apenas le dirigió una mirada, ya que dedicó toda su atención a Giulia.

—Giulia, compré las entradas.

—Ya te dije que no lo hicieses, Norberto.

Elsa intervino:

—Giulia, creo que lo que más necesitas ahora es un poco de distracción.

—Todo lo contrario. Necesito estar sola, y por eso vas a ser tú quien se marche con Norberto, y así no se perderán las entradas.

Norberto mostró en el rostro el desencanto que le producían las palabras de Giulia. Antes de que pudiese decir nada, Giulia se despidió:

—Que lo paséis bien.

Echó a andar.

Norberto dijo a su espalda:

—Eh, pero ¿qué le pasa?

Giulia se alejó rápidamente de ellos.

Poco después subió al autobús. Como siempre, estaba lleno. Y, como siempre, se organizaron discusiones. ¿Dónde había leído que los italianos estaban siempre prestos para la pelea?

—Eh, usted, ¿por qué no se fija dónde pone el pie? —dijo un hombre de nariz ganchuda.

Se dirigía a un rubio de unos treinta años de labios un poco salientes.

—Cállese, enano.

—¿Yo enano? ¿Quién se cree que es usted? ¿Un gigante?

—Cierre el pico. No quiero jaleo.

—Entonces ¿por qué me pisó?

—Si no quiere que lo pisen, cómprese un coche.

—Ya lo tengo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no viaja en él?

—¿Cree que se puede viajar con coche propio con tanto tráfico? Prefiero el autobús. Pero mañana iré a pie para no encontrarme con tipos como usted.

El rubio empujó por un lado y otro y fue a parar junto a Giulia.

El hombre tratado como enano se quedó rezongando por lo bajo:

—¡Qué cara tan dura! Lo pisan a uno y todavía quieren tener razón.

El rubio no le contestó y pareció ensimismarse en la lectura de un periódico que manejaba con la mano derecha, y para ello tuvo que levantarlo mucho, por encima de su cabeza.

El autobús continuó su carrera.

De repente, Giulia tuvo una rara sensación. La de que alguien le había abierto el bolso. Estaba segura de haber oído el chasquido.

En la posición en que se encontraba, casi prensada, no podía levantar el bolso, pero bajó la mano. Su mano cogió otra mano que ya se había metido en el interior de su bolso.

—¡Eh, que me roban...! —gritó.

La mano desconocida dio un tirón fuerte librándose de la de Giulia.

Alrededor de la joven se armó un gran alboroto y Giulia pudo levantar el bolso.

Efectivamente estaba abierto.

Un hombre de cara ancha preguntó:

—¿Le robaron algo?

—No, creo que no ha tenido tiempo.

—Pero ¿quién ha sido el desgraciado?

Giulia cerró el bolso y, disculpándose a derecha e izquierda, se retiró de allí. No, no quería provocar un escándalo mayor, puesto que no sabía cuál de aquellos hombres era el que le había querido robar.

Llegada a su parada, descendió.

El apartamento que compartía con Elsa estaba cerca.

El portero, el señor Alberto, estaba limpiando los buzones de la correspondencia.

—Hola, señorita Martino. Llega pronto hoy a casa.

—Me encuentro un poco cansada.

—¿Necesita algo?

—Oh, no, gracias. Hasta luego, Alberto.

La joven subió las escaleras hasta el tercer piso, donde se ubicaba el apartamento.

Abrió la puerta con la llave, y pasó al interior.

Dejó su bolso en el sofá, desvistióse en el dormitorio y, poco después, en la ducha recibió la caricia del agua sobre la piel.

Le pareció oír un chasquido. Era la puerta de entrada a su apartamento. Arrugó el ceño.

—¿Es usted, señor Alberto?

No le contestó nadie.

La joven cogió un albornoz y se lo puso rápidamente.

Cruzó el dormitorio y abrió la puerta que comunicaba con el pequeño *living*.

Se quedó asombrada al ver al hombre que estaba agachado sobre el sofá, cogiendo el bolso.

Era el rubio del autobús.

CAPÍTULO IV

—Eh, usted, ¿qué hace...?

El rubio había alzado el rostro y la estaba mirando. Sonrió.

—Está usted más bonita ahora. Sí, señor. Lo está mucho más que en el autobús.

—¿Qué diablos dice...? ¿Y qué hace con mi bolso en la mano?

—Cada respuesta a su tiempo, monada.

—Conque usted era el ladrón...

El rubio cabeceó.

—Sí, yo era. Llevo un día desastroso. Tengo hambre. Giulia entornó los ojos.

—No le creo una palabra.

—¿Por qué no me va a creer?

—Su aspecto no es el de un hombre que pasa hambre. Pero ¿cómo entró aquí? ¿Cómo se atrevió? Si falló con mi bolso, debió buscar otro...

—No podía seguir trabajando en el autobús después que usted me descubrió.

—Hay otros autobuses.

—Es que usted me gustó mucho.

—Me ha hecho un gran honor al elegirme como víctima. ¿Es eso lo que espera que diga?

—Tiene gracia —rió el rubio—. Mucha gracia... Pero vamos a hacer las cosas como se deben hacer.

—No entiendo.

—Usted volverá al baño.

—¿Eh?

—Seguirá bañándose. Eso es lo que quiero decir. Giulia abrió los ojos asombrada.

—¿Y qué más?

—Yo me llevaré el contenido de su bolso, y aquí no ha pasado nada.

—Usted está loco.

—Señorita, yo veo así las cosas. Ha sido víctima de un robo mientras se bañaba. Es como debe ser y usted no sufrirá daño alguno.

—Me amenaza...

—No tengo más remedio que hacerlo para que se comporte como una buena chica. No quiero hacerle daño, ¿sabe?

Giulia levantó la barbilla.

—El hombre del autobús que discutió con usted tuvo razón al decir que había mucha gente con la cara dura, señor como se llame... Si es usted el ladrón, ha debido correr por otra víctima.

—Muy bien. Ahora mismo echo a correr. En cuanto vacíe su bolso.

—Debió ahorrarse eso. Deme el bolso y le entregaré el dinero.

—Es usted muy amable, señorita Martino, pero no me interesa su colaboración.

—¿Cómo sabe que me llamo Martino?

—Lo leí en el buzón de la correspondencia.

—Hay aquí otros apartamentos. ¿Por qué me eligió a mí? No es corriente que un ladrón, después de fallar su intento en el autobús, siga a su víctima hasta el lugar en donde vive.

—No continúe, señorita Martino, y vuelva al baño —repuso el rubio con voz paciente.

—¿Qué es lo que ha venido a buscar aquí realmente?

—Lo está estropeando, señorita Martino. Todavía está a tiempo de que usted y yo quedemos como buenos amigos.

—Yo no puedo ser amiga de usted.

El rubio la miró de pies a cabeza.

—Pues no quedaría por mí.

—Ya he dicho bastante —dijo Giulia, cerrándose el escote—. Váyase.

—Ande, vuelva al baño.

—Es la carta, ¿verdad?

—¿Cómo?

—La carta que recibí.

En aquel momento se abrió la puerta del apartamento y entró un hombre gordo, de cara ancha. Tenía una pistola en la mano.

El rubio miró hacia allí.

—¿Cómo estás, Alan? —dijo el gordo.

—¿Qué haces aquí, Oscar?

—Lo mismo que tú, creo yo.

Giulia estaba más sorprendida que nunca.

—Vaya, se conocen, ¿eh?

—Somos muy buenos amigos, ¿verdad, Alan? —dijo Oscar, el recién llegado.

—Seguro.

—¿Le dio un susto, señorita?

—Sí, claro.

Oscar chascó la lengua.

—Alan, eso está muy mal. ¿Ahora te dedicas a eso? ¿A asustar a las mujeres que están solas en casa?

—Eh, oiga —intervino Giulia—. Si Alan me dio un susto, usted me dio otro.

—¿De veras?

—Y el suyo ha sido mayor porque trae una pistola.

—¿No le enseñó Alan la suya?

—No. Todavía no la vi.

—Pues la tiene, ¿verdad, Alan?

—No, hoy no la traje —contestó Alan sin dejar de sonreír—. Me quise quitar un peso de encima.

—Anda, Alan —le dijo el gordo—. Tírame el bolso a los pies. ¿Lo oyes bien? Nada de arrojármelo a la cara o al pecho para que yo lo coja en el aire. Es un truco que han explotado ya muchas veces en las películas.

—Es cierto, Oscar. Lo han explotado mucho y siempre que veo a dos tipos, uno con una pistola y el otro que le tira el bolso, pienso en la clase de estúpidos que son los que hacen esas películas.

Así diciendo, Alan lanzó el bolso al pecho de Oscar.

Instintivamente Oscar, como ocurría en las películas, lo cogió.

Detrás del bolso saltó Alan.

Llegó a atrapar la muñeca armada de Oscar, y como tiró de él, los dos cayeron al suelo.

Giulia lanzó un grito.

Alan y Oscar luchaban furiosamente por la posesión de la pistola.

El rubio pegó un puñetazo a Oscar y éste replicó con un terrible rodillazo. Los dos siguieron dando vueltas por la habitación. En su camino derribaron una silla.

Giulia atrapó su bolso y echó a correr saliendo del apartamento.

Subió las escaleras hasta el piso superior. Sabía quién vivía allí. Un profesor de Historia que atendía por el nombre de Marcelo Valli, un hombre de suaves maneras, muy educado, muy correcto, un intelectual, que parecía siempre distraído.

Golpeó nerviosamente la puerta.

Marcelo abrió con un libro en la mano.

—¿Qué ocurre?

Giulia pasó al interior.

—¡Señor Valli, ayúdeme!

—¿Hay fuego en su piso?

—¡Peor que eso! Entraron dos ladrones. Primero uno y luego el otro. Querían robarme.

Marcelo Valli frisaba en los treinta años de edad y era alto, de mejillas ligeramente hundidas, guapo, de cabello negro.

—¿Dos ladrones a estas horas?

—¿Cree que los ladrones también están sindicados y sólo pueden trabajar durante cierto horario?

—Oh, sí. Pueden robar cuando quieran.

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso, señor Valli! ¡Llame a la policía!

—Desde luego —dijo Marcelo, y echó a andar hacia el teléfono. Tomó el auricular y volvió la cabeza—. ¿Está segura de que son ladrones?

—Claro que estoy segura. Ellos dijeron que habían ido a mi apartamento a robar. Primero entró Alan, que ya lo intentó en el autobús. Me abrió el bolso. Luego llegó Oscar con una pistola. Se pusieron a discutir entre ellos, y, por último, Alan, se lanzó sobre Oscar y empezaron a pegarse.

Marcelo Valli estaba escuchando con la boca abierta, inmóvil.

—¿Qué le pasa, señor Valli? ¿Por qué no llama a la policía?

—Perdón, señorita, ¿se encuentra usted bien?

—¡Claro que me encuentro, bien!

—Sí, ya se ve. Quiero decir...

—Deje lo que tiene que decir y llame a la policía...

—¿A qué número?

—¿Es que no lo sabe?

—No, no lo sé.

—Pero tiene una guía. Úsela.

—Sí, desde luego.

La puerta había quedado abierta y Giulia se dio cuenta de que ya no oía ningún ruido en el piso de abajo. Exhaló el aire de sus pulmones al ver que Marcelo seguía buscando el número de la policía.

—Espere, señor Valli.

CAPÍTULO V

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el profesor de Historia.

—No llame ya... Creo que los ladrones se fueron. ¡Dios mío, uno de ellos ha podido matar al otro, o quizá se mataron los dos!

Marcelo acudió al lado de Giulia y miró hacia la escalera.

—Es verdad, no se oye nada. ¿Qué le parece si llamo a la empresa de pompas fúnebres?

—¿Qué tontería está diciendo?

—Perdone, sólo quiero colaborar.

—Entonces, acompáñeme para ver lo que ha pasado.

—Sí, señorita Martino, ahora mismo, en cuanto me ponga la chaqueta.

—No es necesario que se ponga la chaqueta, no va a ninguna recepción.

—Desde luego.

—Un momento, Marcelo. ¿Tiene usted pistola?

—No, no tengo pistola. ¿Cree usted que hará falta?

—Le he dicho que uno de ellos está armado.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. ¡Tengo un cuchillo!

—El cuchillo no sirve de nada contra una pistola.

—Caramba, es cierto. ¡Se me ocurre algo!

—Estupendo.

Marcelo entró rápidamente en su apartamento y volvió con la mano en el bolsillo del pantalón. Le abultaba mucho.

—¿Qué es eso? —preguntó Giulia.

—La pistola.

—Pero, dijo que no tiene pistola.

Marcelo sacó la mano y mostró en ella un huevo de zurcir calcetines.

La joven cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Pero ¿qué cosas se le ocurren a usted?

—¿Verdad que soy ingenioso?

—Oh, sí —dijo la joven con los dientes apretados. Marcelo volvió a meter la mano en el bolsillo.

Cogió a la joven por el brazo y la empujó hacia la escalera.

—Vamos.

Descendieron silenciosamente.

La puerta del apartamento de Giulia estaba abierta.

—Espere aquí, Giulia. Entraré solo.

—Tenga cuidado, señor Valli.

Marcelo afirmó con la cabeza y se acercó al hueco. Desde allí, siempre con la mano en el bolsillo, dijo:

—Todo el mundo quieto. Al primero que se mueva lo frío.

Giulia parpadeó observando a Marcelo quieto, en la puerta, mirando hacia el interior del apartamento.

Ahora, el profesor de Historia rió con risa falsa.

Giulia no dudó que había logrado mantener a raya a los dos tipos.

Se acercó despacio por la espalda de Marcelo y miró por encima del hombro varonil.

Allí no había nadie.

—¿A quién está amenazando, señor Valli?

—Silencio. Pueden estar escondidos.

Marcelo entró en la habitación andando de puntillas.

Cruzó el *living* y abrió de golpe la puerta del dormitorio.

—¿Hay alguien? —dijo—. Todo lo que digan desde ahora se les tendrá en cuenta en su juicio...

Giulia se acercó de nuevo a Marcelo.

—Señor Valli, ¿por qué dice esas cosas si tampoco hay nadie aquí?

—Es lo que se les dice siempre a los delincuentes, cuando se les caza.

—Pero usted no ha cazado a nadie.

—Bueno. Eso todavía no lo sabemos —dijo Marcelo—. Pueden estar bajo la cama.

Diciendo eso, Marcelo se puso de rodillas y para ello tuvo que utilizar las dos manos.

Después de su examen, se levantó diciendo:

—No, no hay nadie.

Giulia examinó por su cuenta el cuarto de baño, pero tampoco encontró rastro de los ladrones.

Se volvió hacia Marcelo dando un suspiro.

—Definitivamente se fueron.

—Me alegro de haberle servido de algo. Caramba, ¿sabe una cosa? Estoy emocionado... Nunca había perseguido a un ladrón.

—No, claro. Eso se nota.

—Por un momento creí ver mi nombre en los periódicos. ¿Se imagina? —Los ojos de Marcelo miraron el techo—. «Profesor de Historia captura a una peligrosa banda...». Seguro que entonces mis chicos prestarían más atención a las lecciones. ¿Sabe, señorita Martino? He llegado a la conclusión de que un hombre debe ser importante para que sea escuchado.

—Sí, creo que tiene razón... A propósito, ¿es importante un hombre que tiene un millón de dólares?

—Bueno. Un millón de dólares es mucho dinero. Pero yo no lo decía en ese sentido, señorita Martino. Se puede ser importante sin tener dinero.

—Pero no me negará que un millón de dólares...

—Oh, sí, desde luego. Un millón de dólares es siempre un millón de dólares.

—Entonces, quizá usted me pueda seguir ayudando.

—Estoy a su disposición.

—Quiero leerle una carta que me escribid el hombre que poseía el millón de dólares.

—Muy bien. Léala.

—Será mejor que la lea usted.

Giulia le entregó la carta, y Marcelo se puso a leerla.

—«Querida Giulia, de acuerdo con mi testamento es usted dueña de un millón de dólares». —Marcelo se interrumpió— ¡Caramba, pero si la del millón de dólares es usted!

—No se preocupe. Continúe.

Marcelo continuó la lectura.

—«Deseo que lo disfrute con salud. Pero tenga cuidado. Yo también estaba muy sano y mire lo que han hecho conmigo». —Marcelo se interrumpió otra vez—. ¿Qué es lo que le hicieron?

—Dieciséis tiros.

—¿Dieciséis...? —repitió Marcelo, haciendo un gallo con la voz.

—Fueron los orificios de entrada que le contaron.

—¿Y no salieron?

—Sólo doce.

—Bueno, menos mal.

—Señor Valli, ¿quiere continuar la lectura de esa carta?

—Oh, sí, perdone. Con tanto tiro, me había distraído... «Volviendo al millón de dólares, lo encontrarás en París...». Demonios, va a ir usted a París. Me gusta mucho. ¿Sabe que pasé en París dos años de mi vida? Fueron muy hermosos... Allí escribí mi tesis doctoral sobre el Segundo Imperio.

—Señor Valli...

—Oh, sí, la carta... «Sólo tienes que llegarte al tercer puente del Sena el día 2 a las doce de la noche. Asómate al pretil y canta la canción de *Los Tres Cerditos*». —Marcelo sonrió—. Una bonita canción... Siempre me ha gustado mucho... «¿Quién le teme al Lobo Feroz...?».

—Por favor, señor Valli, ¿quiere terminar de una vez?

—«Un pez saltará del agua. Sólo tienes que cogerlo y él te escupirá por la boca el millón de dólares. Tuyo afectísimo, Gastón Lafarge».

Marcelo miró sonriente a Giulia.

—Demonios, nunca pude imaginar que una persona pudiese ganar tan fácilmente un millón de dólares. Sólo tiene que ir al Sena y...

—Sí, y cantar *Los Tres Cerditos*, y entonces saltará un pez y me escupirá un dólar tras otro. Pero, señor Valli, ¿cree que un pez puede guardar dentro de su barriguita un millón de dólares? ¿Cree que saldrá del Sena si yo le canto *Los Tres Cerditos*? ¡No saldrá ni aunque le cantase *La Bohème*!

—¿Conoce *La Bohème*?

—Sí.

—¿Le gusta?

—Pero ¿qué importa si me gusta o no la *Bohème*?

—Perdone. Es que me he aturdido.

—Sí, ya me doy cuenta de que se aturde usted con mucha frecuencia. Con los ladrones, con la policía, con el teléfono... ¡Y con

Los Tres Cerditos...! ¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que pedí su ayuda para sacar en claro esta carta?

—Creo que le puedo contestar a eso.

—Hágalo.

—La embromaron.

—¿Qué?

—Lo siento, señorita Martino, pero alguien le quiso tomar el pelo.

—¿Sabe lo que le digo, señor Valli? ¡Puede marcharse! No me sirve usted de ninguna ayuda. Sepa, de una vez por todas que fue justamente lo que yo pensé... Quiero decir, que también creí que se trataba de una broma. Hasta que aparecieron esos ladrones. ¿Todavía no se ha percatado de que lo que buscaban ellos era la carta?

—Sí, ya entiendo. Ellos quieren la carta, y así podrán ir al Sena y cantar *Los Tres Cerditos*...

—¡No, señor Valli! ¡No da una en el clavo! —dijo Giulia con exasperación.

—Lo siento.

—Sí, usted lo siente mucho, pero no colabora conmigo.

—Yo quiero colaborar. Es usted tan...

—Dígalo.

—Tan atractiva.

—¿De veras se lo parezco?

—Es usted más atractiva que... que...

—Termine.

—Que la tumba de Napoleón.

—¿No se le ocurre compararme a otra cosa?

—Oh, sí, desde luego.

—Pues hágalo.

—Es más atractiva que la tumba de Tutankamón...

—Y duro con las tumbas. ¿Se crió en un cementerio, señor Valli?

—No.

—Menos mal.

—Me crié al lado del cementerio. Verá, mi padre vivía...

—¡No me importa dónde vivía su padre! Nos hemos apartado de la cuestión...

—Hábleme de él.

—¿De quién?

—Del autor de la carta. ¿Cómo se llama? Oh, sí, Gastón Lafarge.

—No he visto en mi vida a Gastón Lafarge, de modo, que no le puedo hablar de él.

Marcelo se quedó un rato con la boca abierta.

—¿No conoce a Gastón Lafarge?

—Ya le he dicho que no. ¿Cuántas veces quiere que se lo repita?

—Entonces, ¿por qué le escribió eso?

—Y yo qué sé.

—Y los ladrones querían la carta...

—¡Claro que la querían! Y recuerde otra cosa muy importante, señor Valli, Gastón Lafarge fue acribillado en la calle cuando cruzaba la plaza de la Opera.

—¿De noche o de día?

—¿Qué importa eso?

—Es que he pasado varias veces por allí, y me parece que, de día, es un poco temerario que acribillen a un hombre.

—Coja el periódico si quiere leerlo.

Giulia sacó el periódico del bolso y lo entregó a Marcelo.

—Mire, aquí está la fotografía de Gastón Lafarge —exclamó el profesor.

—¿Cree que no la he visto?

—¿No le recuerda a nadie?

—No, señor Valli. Yo no he visto en mi vida a ese hombre.

—Qué cosa más curiosa, ¿verdad...? Yo agregaría algo más.

—Dígalo.

—Fascinante.

—¿A quién le dedica ese adjetivo? ¿A mí o a la carta?

—Bueno, me refería a la carta, pero le aseguro que usted es todavía más fascinante.

—Gracias, señor Valli.

—Oh, de nada. Lo de usted salta a la vista.

Giulia se miró el escote y se lo cerró otra vez.

—Perdone, señorita, pero yo no lo decía con ninguna mala intención.

—No. Ya comprendo. Pero volvamos a la caria... Lo que quiero decirle es que he llegado a la conclusión de que Gastón Lafarge pudo enviarme un jeroglífico, o como se llame.

—Demonios. Usted quiere decir que el señor Lafarge quiso decirle dónde estaba el millón sin decírselo.

—Me ha comprendido muy bien, señor Valli.

—¡Claro! —exclamó, haciendo chascar los dedos—. Sólo tenemos que saber qué quiso decir con el puente del Sena, la canción de *Los Tres Cerditos*, y todo lo demás...

—Sí, señor —repuso Giulia, y cruzando los brazos preguntó—: ¿Tiene usted idea del significado del jeroglífico?

Marcelo quedó pensativo un rato y luego contestó:

—No, señorita Martino, No tengo ni la más ligera idea.

En aquel momento se puso a sonar el teléfono.

Giulia tomó el auricular.

—¿Diga?

—¿Hablo con Giulia Martino? —le contestó una voz ronca.

—Sí, la misma. ¿Quién es usted?

—Alguien que la aprecia mucho, y que no quiere que le pase nada malo, señorita. Martino.

CAPÍTULO VI

Giulia sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Quién es usted? Dígalo de una vez.

—Escuche bien, señorita Martino. Quiero la carta.

—¿A qué carta se refiere?

—A la que le envió Gastón Lafarge.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Todo lo que hace falta saber, señorita Martino.

—Pues no va a tener la carta.

Le llegó una risita por el teléfono.

—Señorita Martino, usted va a ganar mucho. Digamos que usted vende la carta y yo la compro.

—No la vendo.

—Se la voy a comprar a usted por dos millones de liras.

—¿Por qué iba a comprar usted una carta que está destinada a mí?

—Puede suponer muchas cosas. Por ejemplo, que soy cazador de autógrafos, y que me interesa la firma de Gastón Lafarge.

—¡La firma de Gastón Lafarge no vale dos millones de liras!

—Estábamos en el terreno de las suposiciones, señorita Martino.

—Pues no me gusta esta suposición.

—Le daré otra. Soy aficionado a la filatelia y me interesa el sello de esa carta.

—Muy bien. Entonces le venderé el sobre por los dos millones.

—No, señorita Martino, quiero también el contenido.

—Entonces confiesa que no es el sello lo que quiere.

—Es usted muy terca, señorita Martino. Y eso, desgraciadamente, puede ser muy peligroso para usted.

—Ya sé lo peligroso que puede ser.

—¿De veras?

—Usted mandó a uno de los dos.

—¿A qué dos se refiere?

—A Alan y Oscar.

—No sé nada de ellos.

—Los debe conocer, ellos también se interesan por la filatelia o por autógrafos, como usted dice.

—Señorita Martino, dentro de una hora habrá un hombre esperándola en la plaza de España. Lleve la carta. Mi enviado sabrá identificarla. Se acercará a usted, le entregará un sobre con dos millones de liras, y él recibirá a cambio el mensaje de Gastón Lafarge. Luego, se separarán, y usted vivirá tranquila el resto de sus días.

—La respuesta es no.

—Piénselo.

—Ya está pensado y decidido. Yo soy la destinataria de la carta y me quedo con ella.

—Sentiría mucho que fuese su última palabra, señorita Martino. Recuerde, dentro de una hora en la plaza de España.

A continuación, colgó el hombre que estaba al otro extremo del hilo.

Sin embargo, Giulia quedó todavía a la escucha, como si se hubiese convertido en una estatua.

—Eh, señorita Martino —dijo Marcelo.

Entonces Giulia se dio cuenta de que el profesor continuaba allí.

—Me han amenazado.

—Sí, ya lo supuse.

—Quieren la carta de Lafarge a cambio de dos millones de liras. ¿Ya salió de dudas de la importancia que tiene el puente del Sena, *Los Tres Cerditos* y el pez que saltará del agua escupiendo el millón de dólares?

—Sí, señorita Martino, y le aseguro que tampoco dudó antes que llamase ese hombre. ¿Dio su nombre?

—¿Cómo iba a decir su nombre?

—Oh, no, claro.

—Dentro de una hora debo ir a la plaza de España y, allí, un individuo me dará dos millones de liras a cambio de la carta.

—¿Va a ir?

—Claro que no.

—¿Qué le harán si no va?

—No me lo han dicho pero ya se lo puede imaginar...

—Dieciséis tiros.

—No sea bruto, hombre.

—Bueno, que sea uno...

La joven paseó por la estancia.

—No sé qué hacer.

—Yo tengo una idea.

—¡Dígala! —exclamó la joven, volviéndose.

—Acuda a la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué?

—Para contarle lo que le pasa.

—No diga tonterías. Me tomarían por loca... Soy heredera de un millón de dólares, y quiero defenderlos.

—Ni siquiera sabe si eso es cierto.

—Lo comprobaré.

—¿Cómo?

—Dirigiéndome a París.

—¿Quiere decir que va a ir al tercer puente del Sena a cantar eso?

—No sé si cantaré o no, pero debo ir a París, y puede estar seguro de que me pondré en el tercer puente del Sena. El día 2 es pasado mañana. ¿Lo entiende? He de estar allí a las doce de la noche y estaré.

—Es usted muy valiente, señorita Martino.

—Gracias.

—Pero también es temeraria.

—Debo serlo o perderé la herencia.

—¿No le convendría perderla?

—Pero ¿qué dice? ¿Renunciar a un millón de dólares?

—¿Cómo sabe que realmente se trata de un millón de dólares?

—Es lo que dice la carta.

—Oh, sí, la carta —repitió él con sarcasmo—. Una carta que podría costarle la vida.

—Señor Valli, ¿es que no se ha dado cuenta? Es mi oportunidad de salir de la pobreza, de la vulgaridad.

—Usted no es pobre.

—Pero soy vulgar.

—Tampoco es vulgar..., usted es extraordinaria, usted es bellísima. Lo tiene todo.

—Oh, sí, eso me lo han dicho muchos. Lo tengo todo. ¿Por qué? Porque tengo un buen físico. Pero me falta lo más importante. El dinero.

—¿Cree de veras que el dinero es lo más importante?

—Le diré que es una de las cosas más importantes. Pero tendrá que disculparme, señor Valli. —Giulia avanzó hacia la mesa donde descansaba el teléfono.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Marcelo.

—Llamar al aeropuerto para que me reserven una plaza en el próximo avión de París.

—¿Está decidida?

—Sí, estoy decidida.

—Muy bien. Con su pan se lo coma.

—No crea que me voy a gastar el millón de dólares sólo en pan.

—Oh, sí, tendrá otras muchas cosas. Un «Cadillac», abrigos, joyas, una linda casa en la Riviera, y un *play-boy* para cada día...

—Le admito todo menos el *play-boy*

. No lo necesito.

Giulia estaba buscando en la guía el número que pensaba marcar. Lo encontró e hizo girar el dial.

Marcelo se dirigió hacia la puerta.

—Eh, no se puede ir, señor Valli —exclamó Giulia.

—¿Por qué no?

—Tiene que estar aquí por si vuelven.

Marcelo apretó los labios, y sacó del bolsillo el huevo de zurcir.

—¿Cree que los podré detener con esto?

—Usted pensó que sí. Escóndalo por si vienen.

Marcelo dio un suspiro y guardó otra vez el huevo.

Giulia ya había establecido la comunicación que deseaba.

—Señorita... Necesito urgentemente ir a París... Mi tía se ha puesto grave.

—Ojalá estuviese muerta —dijo Marcelo, hablando consigo

mismo.

—¿Dentro de una hora...? Sí, señorita... A nombre de Giulia Martino... Es usted muy amable... Se lo agradezco mucho.

Giulia colgó.

—No se mueva de ahí, Marcelo. Enseguida me visto.

—No se preocupe. Si vuelven, tendrán que pasar por encima de un cadáver, para llegar a usted.

Giulia sonrió y le lanzó un beso al aire antes de desaparecer en el dormitorio.

Marcelo se puso a pasear.

—¿No tiene cigarrillos, Giulia? Deje arriba los míos.

—Hay una tabaquera sobre la mesa. Encontrará cigarrillos rubios y una caja de cerillas —la voz de la joven llegó por la puerta entreabierta.

Marcelo encendió un cigarrillo y, después de arrojar un chorro de humo, oyó otra vez a Giulia:

—Marcelo, ¿tiene novia?

—¿Cómo?

—Le he preguntado si tiene novia.

—No, desde luego.

—¿Por qué desde luego?

—Bueno, quiero hacerle una confesión. Tuve una.

—¿Dónde?

—Aquí, en Roma.

—¿Y qué le pasó con ella?

—Que terminamos... Soy muy distraído, ¿sabe?

—Sí, ya me di cuenta.

—Pues ahí tiene el motivo de la ruptura. Mi distracción... Íbamos juntos al cine, y un par de veces me marché solo... Quiero decir que me olvidé de ella...

Giulia asomó la cabeza por el hueco, los ojos muy asombrados.

—¿Dejó olvidada a la novia en el cine?

—Sí, así fue.

—¿Sabe lo que le digo? Que usted no estaba enamorado de esa mujer. Apuesto a que era la hija del director de la academia donde trabajaba.

—¿Cómo lo ha adivinado?

Ella se encogió de hombros y volvió a decir:

—Seguro que el director le echó el ojo a usted, aunque también se lo echase su hija. Usted es un hombre muy culto, un hombre que promete...

—¿Usted cree?

—Eso está a la vista. El director pensó que algún día usted podría sustituirlo, y todo quedaba en casa si usted era su yerno. Naturalmente, hay que contar con la chica. Seguro que ella estaba de acuerdo.

—No lo sé.

—Es muy modesto.

—Si usted lo dice...

Giulia reapareció luciendo un traje sastre a cuadros escoceses. Tenía una maleta en la mano.

—¿Cómo fue la ruptura con su novia?

—Le pegué fuego.

—¿Qué dice?

—Por distracción otra vez. Habíamos ido al campo. Ella se quedó dormida. Encendí un cigarrillo y le eché encima el fósforo. Bueno, sólo le quemé la falda. Me acusó ante su padre de querer convertirla en cenizas. Ahí terminó todo. Perdí la novia y el empleo.

Giulia se estaba riendo con la mano en la boca.

Marcelo también, pero unos segundos después se quedó serio y dijo:

—Abandone su idea de ir a París.

Giulia dejó de reír.

—No lo haría por nada del mundo.

—Es una testaruda. Muy bien. La acompañaré.

—¿Va a venir conmigo a París?

—Me refería a acompañarla al aeropuerto.

—Está bien. Se lo iba a pedir, aunque no creo que pase nada. Recuerde que me dieron una hora de plazo para ir a la plaza de España.

—Concédame un minuto para subir a mi apartamento a por mi chaqueta —él se dirigió a la puerta.

Ella gritó:

—¡Espere...! ¡No me deje aquí sola...! ¡Voy con usted!

CAPÍTULO VII

El taxi corría hacia el aeropuerto.

Giulia miró por la ventanilla trasera. Era la cuarta vez que lo hacía.

—Nos sigue un coche, Marcelo.

Marcelo volvió la cabeza y vio el coche negro.

—Conduce una mujer —dijo al ver la rubia que manejaba el volante—. Y dentro viaja un hombre de unos sesenta años.

Giulia dio un suspiro de alivio.

—Tiene razón. No debo preocuparme.

Marcelo le cogió una mano.

—Giulia, todavía está a tiempo de retroceder.

—No, Marcelo. Ya tomé la decisión y seguiré hasta el fin. Quiero que me haga un favor. Cuando vuelva a casa, hable con Elsa. Dígale que fui a París a por el millón de dólares y que le traeré un fantástico regalo... Oh, no, no le diga eso.

—No, será mejor que no se lo diga, por si no consigue sus propósitos.

—Caramba, es usted único para dar ánimos.

—Sigo pensando que va a cometer una locura.

—¿Sabe lo que le digo, Marcelo? Que no llegará usted muy lejos. ¿No ha sentido nunca la ambición?

—No, la verdad es que no la he sentido nunca.

—¿Se conforma con ser sólo un profesor?

—Estoy escribiendo un libro.

—Sobre tumbas.

—Demonios, también eso lo adivinó...

—Le aseguro que fue muy fácil... La tumba de Napoleón, la de Tutankamón...

—Oh, sí —sonrió Marcelo—. Pero no crea que soy un hombre macabro. Quiero decir que utilizo lo de las tumbas para luego hacer un estudio psicológico del personaje, y de la época en que vivió.

—Muy interesante.

—¿De verdad lo cree interesante?

—Estoy segura de que su libro será un éxito.

—Tengo otros proyectos... Me han publicado algunos artículos en revistas especializadas, y aunque lo considere inmodestia, han sido alabados por profesionales de mucho renombre... Estoy preparando la oposición a cátedra de la Universidad... Creo que tengo bastantes posibilidades de conseguirla.

—No dudo que la logrará. Usted es un hombre muy inteligente.

—Gracias. Pero no puedo decir lo mismo de usted.

—¡Señor Valli!

—No, no lo es, desde el momento en que corre detrás de algo que puede ser una quimera.

—Tengo los pies sobre el suelo. No vivo en una nube, señor Valli, y además, por si te sirve de algo, he escuchado a mi voz interior.

—¿Sí? ¿Y qué le ha dicho?

—Que debo aceptar la herencia.

—Y duro con eso.

El taxi se detuvo y el conductor se volvió diciendo:

—Éste es el aeropuerto y les aseguro que mi coche no tiene alas.

Los dos jóvenes salieron.

Giulia intentó pagar.

—Deje —repuso Marcelo—. Pagaré yo, volveré a Roma con el autobús.

Entraron en el edificio del aeropuerto, en el que había mucha gente, viajeros que iban a dirigirse a alguna parte del mundo o que venían de ellas, personas que habían ido a despedir o a recibir a alguien y simples curiosos.

—Marcelo, ¿quiere cuidarme la maleta mientras voy por mi boleto?

—Desde luego.

Marcelo cogió la maleta y se quedó allí mientras Giulia entraba en el departamento correspondiente a la compañía donde había encargado su boleto.

De pronto, Giulia tropezó con un hombre.

Era el grueso Oscar, que mostraba un esparadrapo, sobre la ceja izquierda.

Ella fue a gritar y él dijo:

—Cuidado, una palabra y te la cargas.

—Pero ¿qué hace usted? —dijo ella, sintiendo una presión en su costado.

—Eso que te aprieta es una pistola, nena.

—No tiene usted derecho...

—A callar.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—Tú sabes lo que quiero, preciosa.

—Llega tarde.

—¿De veras?

—No tengo la carta.

—¿Dónde está?

—En mi casa.

—No, cariño. No te creo. Esto es el aeropuerto, y estamos en una oficina en donde venden boletos para viajar. ¿Cuál es tu punto de destino?

—Sólo vine aquí para saludar a una amiga. Es aquella rubia que hay allí. —Giulia señaló a una empleada.

—¿Crees que me chupo el dedo? —rezongó Oscar.

—Por mí, puede chuparse los cinco dedos o los diez.

—Fuera bromas. Éste es un negocio muy serio. ¿Todavía no te diste cuenta? Sé que vas a tomar el avión. ¿Hacia dónde?

—Sé que me ha descubierto y voy a decirle la verdad.

—Eso está mucho mejor, nena.

—Voy a Pekín.

—¿Adónde?

—A China. Es lo que decía la carta. Que tenía que ir a Pekin.

—Oh, sí, y allí vas a encontrar a un chino con una coleta y él se la cortará y te la dará. Resultará que será una coleta que vale, por ejemplo, un millón de dólares.

Giulia agrandó los ojos.

—¿Cómo sabe que la coleta vale un millón de dólares?

Oscar hizo una mueca.

—Oye, nena, me han tomado muchas veces el pelo, pero el que

lo intentó ya descansa en la fosa. ¿Quieres que te pase a ti lo mismo?

—Soy muy joven todavía.

—Eso digo yo. De modo que te conviene ser una chica obediente con el amigo Oscar. Anda, dame la carta y Oscar te invitará a un trago.

—Gracias. No bebo. Pero le aceptaré ahora mismo zarzaparrilla. Tengo mucha sed.

Giulia fue a dirigirse a la puerta, pero Oscar la detuvo.

—Un paso más y te emplomo.

—Guarde las dieciséis balas para otra persona.

—No tengo tantas. Se acabó. La carta o la vida.

—La carta.

—Eso creía yo que elegirías —sonrió Oscar con ironía.

Giulia miró compungida la puerta porque Marcelo no venía en su ayuda.

En aquel momento un hombre la cogió por el brazo que tenía libre.

—Hola, muchachos, ¿de viaje?

Era el rubio.

Tenía un ojo negro, el derecho.

Oscar fue a revolverse, pero el rubio prosiguió:

—Cuidado, Oscar. Yo también tengo una pistola.

Giulia levantó un dedo diciendo:

—Es verdad, Oscar, Alan la tiene, porque la siento en el otro costado.

Oscar y Alan se miraron desafiantes.

—Yo la atrapé primero —dijo Oscar.

—Eso a mí me importa un rábano. La tengo yo, y si ella se mueve la convierto en un colador.

—Que se mueva hacia ti y la hago alimentar unos cuantos kilos de peso.

—Eh, oigan —medió Giulia—. No me interesa alimentar de peso. No se pueden imaginar los esfuerzos que hago por no engordar. Llevo una dieta tremenda. Imagínese. Jugo de tomate por la mañana. Es mi único desayuno.

—Pobrecita —dijo Oscar.

—Y ya no pruebo bocado hasta el mediodía. Un trozo de carne

muy asada...

—A mí me gusta poco hecha —dijo Alan, pero enseguida reaccionó—. ¿Qué infiernos me importa tu régimen, monada? Vas a venir conmigo.

—Va a venir conmigo —dijo Oscar.

—Ya que estamos los tres juntos, ¿por qué separarnos? ¿Por qué no nos vamos al bar los tres? ¿Recuerda, Oscar? Éste es el momento de la invitación porque así podremos hablar de negocios.

Los dos hombres parecieron sopesar la propuesta.

Mientras tanto, Giulia miraba el reloj que había en la pared. Faltaban veinte minutos para que su avión saliese. Y tal como estaban las cosas, se iba a quedar en Roma, pero sería mucho peor que se quedase muerta.

—Estoy de acuerdo en hablar —dijo Oscar.

—Muy bien. Vamos —convino Alan.

CAPÍTULO VIII

Giulia salió muy acompañada de la oficina de la compañía aérea. La habían convertido en un *sándwich* y ella era el relleno.

Se había sentido esperanzada pensando en Marcelo Valli. Su vecino la libraría de aquellos dos matones.

Lo buscó en el lugar donde lo había dejado y se hizo un vacío en su estómago al no verlo.

Por fin lo descubrió. El despistado profesor de Historia estaba mirando unos carteles de propaganda del turismo en Turquía.

Giulia apretó los dientes y quiso pararse.

—¿Qué te pasa? —preguntó Oscar.

—Es mi tacón.

—¿Qué le pasa a tu tacón?

—Se está soltando.

—Quítatelo, si no puedes andar. Hemos de movernos.

Giulia gritó:

—¡No puede quitármelo porque tengo mucho frío...!

—Eh, que no soy sordo —exclamó Oscar, sacudiendo un dedo en el interior de la oreja.

El grito de Giulia iba dirigido a Marcelo, pero no sirvió para nada porque el profesor de Historia seguía observando los carteles de propaganda turística.

—Ya está bien, nena —dijo Alan, y dio un tirón de ella.

Reanudaron el camino.

Poco después se sentaban en una mesa de la cafetería.

Todas las de alrededor estaban ocupadas y se oía hablar en varios idiomas.

El rubio apuntó a la cara del gordo.

—Oscar, te dije que te apartases de ella.

—Y yo te lo dije a ti.

—Tengo una idea —intervino Giulia—. ¿Por qué no se apartan los dos? Yo cuento tres y ustedes se marchan.

El rubio rió enseñando una dentadura muy blanca.

—La chica nos salió lista, ¿eh, Oscar?

—Sí, eso cree ella.

—Quiere librarse de los dos.

Oscar sacudió la cabeza.

—Te hago una oferta, Alan... Quinientos dólares y te largas.

—Te haré una oferta, Oscar. Mil dólares y te largas.

—Oigan —habló de nuevo Giulia—. ¿Por qué no me dan a mí los mil quinientos y soy yo la que se larga?

Oscar le puso una mano en el hombro y dijo acercando su cara a la de ella:

—Estupendo. Te daremos mil quinientos dólares. Deja la carta sobre la mesa, y en cuanto comprobemos que no nos la quieres pegar, te puedes ir a gastar el dinero en monerías.

El camarero llegó en aquel momento.

—¿Qué van a tomar?

—Yo una pistola —dijo ella—. Oh, perdón, quise decir una «Pepsi-Cola».

—A mí me trae un *whisky* —habló Oscar.

—Yo quiero un té —dijo Alan.

El camarero tomó nota y volvió la espalda a la mesa. Giulia se levantó gritando:

—¡Quiero algo más!

Hizo aquello para llamar la atención de Marcelo si estaba cerca, pero no vio ni rastro de él.

—¿Qué desea? —Le estaba preguntando el camarero con las cejas enarcadas.

—Tostadas.

—¿Cuántas?

—Mil quinientas.

Oscar la atrapó del brazo y la hizo sentarse mientras decía al camarero:

—No traiga tantas o nos llenaremos de mantequilla hasta el cuello. Con dos tendrá bastante.

En aquel momento, Giulia oyó a su espalda una voz que

cantaba:

—«¿Quién le teme al lobo feroz...? Al lobo, al lobo...».

No quiso mirar. Pero ya sabía que era Marcelo.

Se echó a reír pegando una palmada en la mesa.

—Pero qué simpáticos son ustedes. Nunca había encontrado a dos hombres tan estupendos.

Oscar y Alan se le quedaron mirando con los ojos entornados.

—Oye, ¿qué te pasa? —inquirió Oscar.

—¿A mí? Nada.

Oscar se dirigió de nuevo a Alan.

—Te propongo que trabajemos juntos.

—Deja que lo piense.

Giulia intervino:

—Alan, no debe hacer caso a Oscar.

—¿Por qué?

—Porque lo va a engañar.

—Sí, ¿eh? Que se atreva y juro que lo degüello como a un cerdo.

Giulia miró a Oscar.

—¿No lo ha oído? Le ha llamado cerdo.

—A ese gusano le voy a partir en dos pedazos.

—Le ha llamado gusano, Alan.

Los dos hombres empezaron a levantarse, mirándose fieramente.

Giulia fue a agacharse para desaparecer por debajo de la mesa, y entonces, Alan dijo:

—¿Es que no te das cuenta? ¡Nos está comprometiendo para huir!

Dos manos cayeron sobre Giulia, una de Oscar y la Otra de Alan, y la levantaron sentándola en la silla.

—Cariño —dijo Alan—. Si vuelves a intentar que peleemos, te la vas a ganar.

—Sí, se acabaron las contemplaciones —puntualizó Oscar—. Saca la carta.

Giulia apretó el bolso contra su pecho y dijo muy aprisa, sin respirar:

—No la tengo. Se la di a un hombre que me estaba esperando en la plaza de España. Me llamó por teléfono un hombre de voz ronca y me amenazó con matarme si no le obedecía. Me hizo una oferta de dos millones de libras a cambio del mensaje de Gastón Lafarge.

Les aseguro que es cierto...

—Eso se lo cuentas a tu tía —dijo Alan.

—O a tu abuela —rezongó Oscar.

—¿Qué les parece si se lo cuento a mi tío que está en Nápoles? —dijo Giulia y fue a saltar de la silla, pero no pudo retirarse más de un palmo, porque Alan y Oscar no la soltaron.

Un hindú con turbante y con gafas oscuras se inclinó sobre la mesa.

—Perdón, caballeros, pero quiero que me den su permiso para fotografiar a la señorita.

Giulia se quedó sin habla. El hombre del turbante era Marcelo.

—Eh, ¿qué le pasa a usted? —Gruñó Oscar.

—Soy turista y quiero llevarme un recuerdo de Italia. Ya sabe, fotografío monumentos.

—Pues vaya al Coliseo.

—Prefiero a la señorita...

—Eh, usted no tiene un pelo de tonto, indio.

—Con permiso —dijo Marcelo y tomó a la joven del brazo—. Venga, acompáñeme.

Los dos hombres que tenían cautiva a Giulia reaccionaron a un tiempo.

—¡Usted no se la va a llevar a ninguna parte! —exclamó Alan.

—¡Se queda aquí! —Ladró Oscar.

—Pero, hombre, sólo es un préstamo... Se la devuelvo enseguida, y palabra que no se la estropeo.

—Nada de préstamos, amigo. Búsquese otra chica.

—Es que me gusta ésta.

—Claro, y a nosotros también.

—Entonces, tengo una idea. Fotografíenme con ella. Aquí tiene la máquina.

Giulia no sabía explicarse cómo Marcelo había conseguido el turbante y la máquina. ¿O es que lo habría cambiado todo por la maleta que no veía por ninguna parte?

—Nada de fotografías, amigo indio —dijo Oscar—. Y no se ponga pesado, o va a perder su turbante.

En aquel momento llegó el camarero y empezó a colocar los servicios.

Marcelo dijo:

—En fin. Fotografiaré a otra señora. Espero tener suerte y que sea tan estupenda como usted —guiñó un ojo a Giulia para que estuviese preparada.

El camarero terminó de poner los servicios y, entonces, Marcelo levantó la mesa, volcándola.

Giulia había captado la idea de su vecino y saltó a tiempo.

Marcelo consiguió su objetivo.

Los dos hombres, como no estaban preparados, se derrumbaron de la silla.

Marcelo tomó de la mano a Giulia y los dos echaron a correr.

Serpentearon por entre las mesas hacia la salida.

Por la puerta de los lavabos salió un hombre en paños menores. Tenía la tez muy oscura y barba negra.

Gritaba gesticulante:

—¡Me han robado mi turbante! ¡Mi cartera...! ¡Mi máquina de fotografiar...!

CAPÍTULO IX

—¿Adónde vamos? —preguntó Giulia sin dejar de correr.

—A por la policía.

—Oh, no... ¿Qué les puedo contar a los policías? ¿Qué pruebas tenemos contra Oscar y Alan? Lo negarán todo. Y si entrego la carta a los agentes, pensarán que es una broma. O peor aún. Llamarán a los loqueros para que nos encierren a los dos en un manicomio.

Marcelo quiso tirar a un lado, pero Giulia demostró que tenía mucha fuerza, porque se dirigieron a la compañía aérea.

Entraron en la oficina.

—Soy Giulia Martino —dijo la joven a la rubia.

—Oh, creí que perdía usted el avión.

Marcelo preguntó:

—¿Tiene usted otra plaza para París en ese mismo vuelo?

—Sí, señor.

—Eh, Marcelo, no sé si tendré bastante dinero para pagar.

—No te preocupes. Yo llevo.

Marcelo acertó. Le faltaban algunos centenares de liras para pagar su billete y Giulia los abonó.

Giulia volvió la cabeza y tuvo que contener un grito llevándose la mano al cuello.

—¡Marcelo...! ¡Ya están ahí!

Marcelo miró hacia la puerta y vio al otro lado a Oscar y Alan.

Los dos tenían la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Demonios, se me olvidó el huevo —dijo Marcelo.

—Creo que ahora te serviría de muy poco.

—En marcha.

Marcelo empujó la verja de separación donde estaban las empleadas.

—¡Eh, no pueden pasar por aquí! —exclamó la rubia.

—Vamos a que nos facturen —dijo Marcelo y tiró de Giulia echando a correr.

—¡Eh, ustedes...! ¡No pueden entrar...! ¡Está prohibido...!

Sin embargo, Marcelo ya había abierto la puerta que estaba al fondo, y él y Giulia desaparecieron por allí.

Era una nave donde había equipajes y bultos.

Un empleado que se cubría con un mono se les quedó mirando, perplejo.

Los dos jóvenes siguieron corriendo.

Salieron de la nave y se encontraron en una pista de cemento.

—Marcelo, no sabemos dónde está nuestro avión.

Un *jeep* pasaba por enfrente.

—¡Eh, amigo! —gritó Marcelo—. ¡Espere...!

El conductor se detuvo.

—¿Qué quiere?

—Llévenos al avión del vuelo 308 con destino a París, y se gana unos buenos billetes.

—No puedo. Está prohibido.

—Oiga, amigo. Ella y yo nos hemos casado esta misma mañana. Su padre me ahorcáje si me atrapa. Ella y yo nos queremos. ¿Verdad que nos queremos, Giulia? —diciendo esto la besó en los labios.

Marcelo se separó enseguida y Giulia dijo:

—Sí, nos queremos mucho, muchísimo.

Atrapó a Marcelo por el cuello y le besó con la boca abierta.

El conductor les miraba rascándose el cogote, indeciso.

—Está bien. Suban.

Montaron en el *jeep* y el conductor emprendió la carrera.

Marcelo se quitó el turbante y lo dejó a un lado del asiento.

Llegaron cerca del avión, del que se disponían a retirar la escalera.

Giulia abrió su bolso.

No es necesario que pague nada —dijo el conductor del *jeep*—. Esto lo hice para que no se quedase viuda.

—Date prisa —apremió Marcelo—, o perderemos el avión y entonces nos ganaremos un ataúd.

Los dos treparon por la escalerilla.

La azafata les recibió con una sonrisa a pesar de su demora, y les acompañó hasta sus asientos.

—Al fin solos —dijo Giulia.

—Que te crees tú eso —contestó Marcelo, que estaba mirando por la ventanilla—. Allí están los dos.

Giulia miró también por la ventanilla y vio a Oscar y Alan que estaban al otro lado de la verja, lejanos, pero concretos.

Oscar y Alan gesticulaban como si se insultasen el uno al otro.

Una voz por el micrófono dijo:

—Por favor, abróchense los cinturones. Vamos a despegar.

Giulia se puso el cinturón, pero Marcelo se hizo un lío.

—Déjame que te ayude —dijo Giulia y se inclinó sobre él.

Su cabello rozó la cara de Marcelo.

Cuando ella terminó, él murmuró:

—Giulia, quiero decirte algo.

—Dilo.

Marcelo la miró fijamente a los ojos.

—Es mi primer vuelo y tengo mucho miedo.

Giulia cerró los párpados y los volvió a abrir.

—También yo vuelo por primera vez —contestó y, con un gesto furioso, apoyó la espalda en su asiento.

El avión se puso a rodar por la pista.

—Eh, Giulia. ¿No sientes nada?

—No.

—Yo tengo un vacío en el estómago.

Marcelo cerró los ojos cuando el avión fue aumentando la velocidad. Hizo una mueca cuando las ruedas se apartaron de la tierra.

—Demonios, parece que esto es bueno —dijo sonriente—. Eh, Giulia, estoy aquí.

—Ahora comprendo el motivo que tuvo tu novia para abandonarte. Eres incapaz de amar a una mujer.

—Eso me he dicho yo muchas veces.

—¿Estás conforme?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No has pensado en tener hijos?

—Sí, claro.

—¿No te dijeron que los hijos se tienen con una mujer...?

—Oh, sí, me lo dijo mi primo Alberto cuando yo tenía doce años.

—Menos mal que te lo dijo tu primo Alberto —suspiró Giulia.

—Era un muchacho muy aventajado. Imagínate que él tenía seis años.

Giulia miró a Marcelo con un gesto de estupor.

—¿De modo que él fue el que te dijo...? Se interrumpió.

—Y también me contó otras cosas, pero no puedo repetírtelas.

—Eh, ¿dónde está tu primo Alberto?

—Todo lo hacía deprisa. Ya se murió.

—Pues fue una verdadera pérdida para la familia.

—Le gustaba la velocidad y se mató con un coche... Pobre primo Alberto, El te habría podido ayudar mucho.

—No lo dudo.

—Quiero decir que con el primo Alberto, habrías conseguido el millón de dólares.

—Marcelo, ¿cuánto tiempo estuviste al lado de tu primo Alberto?

Marcelo se quedó pensativo.

—Unos siete u ocho años.

—Me temo que fueron demasiados.

—¿Por qué dices eso, Giulia?

—Porque tu primo te quitó toda tu personalidad. Confiésalo. Le has admirado siempre.

—Desde luego.

—Ha sido tu ídolo.

—Era un hombre que lo sabía hacer todo.

—Entiendo. Sabía contar chistes, enamorar a las mujeres.

—Sí, todo esto es cierto.

—Y apuesto a que te quitó la chica de la que te habías enamorado.

Marcelo arrugó el ceño.

—No creo que estuviese enamorado.

—Pero te gustaba ella.

—Bueno, Fiorella era una chica muy bonita. Tanto como tú.

—Gracias por compararme con Fiorella, pero, dime, si tu primo Alberto apareciese aquí de pronto, ¿serías capaz de dejarme sola con él?

—Pero ¿qué cosas se te ocurren? Primo Alberto debe de estar bien donde está. No se le ocurrirá venir del otro mundo...

Los ojos de Giulia relampaguearon.

—Apuesto a que serías capaz de dejarme con él al menos media hora. Sí, serías capaz de eso. De modo que..., ¡déjame en paz, porque quiero dormir!

Marcelo la miró, asombrado.

Giulia había cruzado los brazos, y cerrado los ojos, y trataba de dormir sin borrar de su rostro aquel gesto fiero, tan característico en ella.

CAPÍTULO X

Giulia y Marcelo bajaron del taxi, y ella tuvo que darle dinero otra vez a Marcelo para pagar la carrera desde el aeropuerto.

Ya estaban en París.

Marcelo señaló el edificio que tenían delante.

—Éste es el hotel en que me hospedé durante mi estancia aquí.

Giulia leyó: Hotel Juno.

Pasaron al interior y Giulia supo enseguida que era un hotel modesto, aunque se veía limpio. La casa debía de tener más de cien años.

A la izquierda había una escalera, casi en forma de caracol, y al pie de ella se ubicaba el registro, en semicírculo, que era atendido por una joven de veintiséis o veintisiete años, morena, de ojos grandes, que parpadearon al ver a Marcelo.

—¡Marcelo Valli...!

—¿Cómo estás, Madeleine?

La joven se inclinó sobre el mostrador. Se cubría con un suéter muy escotado y que ahora se escotó más. Sonrió con sus labios gordezuelos, y, con mucha picardía, dijo:

—Usted debe saber que en este hotel no toleramos ciertas cosas.

Giulia dio un respingo.

—Eh, que no es lo que usted se cree.

—¿De veras? —repuso Madeleine, midiendo atrevidamente la distancia que había entre los pies y la cabeza de Giulia.

—Marcelo, me voy de aquí.

Giulia dio la vuelta con decisión para volverse, pero Marcelo la atrapó del brazo.

—Tranquilízate, Giulia.

—No me gusta este hotel, no me gusta la chica.

—Madeleine ha cometido un error. Sólo eso —sonrió a la francesa y dijo—: Ella es...

—Tu prima.

—No, no es mi prima. Sólo se trata de una compatriota mía que viene a resolver un asunto en París. Queremos dos habitaciones. ¿Lo entiendes? Dos.

—Sí, entiendo. Una al lado de otra.

Giulia echó fuego por los ojos y se encaminó hacia el tablero cerrando los puños.

—Le voy a aplastar la nariz.

Madeleine se preparó para el ataque, las manos como zarpas.

Marcelo corrió todo lo que pudo y llegó a tiempo de interponerse entre las dos mujeres.

—Una tregua, muchachas. Una tregua... Madeleine, por lo que más quieras, frena tus impulsos. Y tú también, Giulia. Sé bien por mi profesión que las guerras estúpidas solo traen consecuencias estúpidas.

Marcelo tuvo éxito. Mientras hizo la correspondiente inscripción en el libro, las dos mujeres se ignoraron.

—¿Y el equipaje? —preguntó Madeleine.

—Ya llegará —contestó Marcelo.

—Habitaciones siete y ocho —dijo Madeleine, y mientras Marcelo y Giulia se iban hacia la escalera, agregó—: Y hay puerta comunicante.

—¡Le voy a arrancar el pelo...! —gritó Giulia, volviéndose, pero Marcelo tiró de ella hacia arriba.

Se detuvieron ante la habitación número siete.

—Tú te quedas aquí y yo me iré a la ocho —dijo Marcelo.

La joven todavía estaba llena de ira.

—Pero ¿qué se ha creído esa desgraciada?

—Olvidala.

—¿Crees que la puedo olvidar después de lo que dijo?

—Madeleine es un poco celosa.

—También te echó el ojo, como la hija del director.

—Bueno, quizá fue eso —sonrió Marcelo, pasándose el dedo por el cuello de la camisa.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que podrías haberle pegado fuego a Madeleine como hiciste con la hija del director!

—Aquello fue una distracción.

—A eso me refería. A que tuvieses una distracción con la francesita.

—Mira, vamos a descansar un rato. Quiero tomar una ducha.

—Y yo también.

—Estupendo. Luego iremos a cierto restaurante. Te gustará. Es muy acogedor, y hay gente muy simpática.

Giulia se serenó y hasta llegó a sonreír.

—Está bien, Marcelo.

—Dentro de media hora volveré a llamar a tu puerta.

—Sí.

Marcelo hizo un saludo con la mano y se fue a su habitación.

Giulia entró en la suya. Cerró la puerta y se apoyó en ella dando un suspiro.

Pensó que, después de todo, Marcelo tenía razón. Su discusión con Madeleine había sido una cosa estúpida. Sólo debía de pensar en una cosa. Que estaba en París, y que allí, en algún lugar, había un millón de dólares esperándola.

Examinó su habitación. Tenía un cuarto de aseo, con su ducha.

Se quitó la chaqueta, la falda y la blusa y se quedó en combinación.

En ese momento se abrió la puerta.

Volvióse pensando que era Marcelo, pero se equivocó.

Su visitante era un tipo a quien no había visto nunca. Giulia lanzó un gritito y se puso las manos sobre el escote.

—Eh, usted. Se ha equivocado de puerta.

El tipo le sonrió. Frisaba en los treinta y cinco años de edad, era alto, muy moreno, ojos azules.

—No, no creo que me haya equivocado.

—¿Qué dice? ¡Lárguese inmediatamente!

—Eres una criatura maravillosa.

—Eh, ¿es que no habló con Madeleine? Ella dijo que en este hotel no se toleran ciertas cosas. De modo que salga ahora mismo, si no quiere que se lo diga a ella.

La joven corrió hacia la puerta que comunicaba con la habitación adyacente. Tenía la llave puesta, la hizo girar y abrió.

—¡Marcelo! En mi habitación hay un desconocido.

Marcelo llegó corriendo, y se detuvo para no tropezar con

Giulia.

—¿Dónde está ese hombre?

—Allí —dijo ella, señalando al individuo que había en la puerta.

Marcelo le miró y se quedó aturdido, porque el individuo en cuestión manejaba una pistola en la diestra.

—No, hombre, otra vez no... —gimió Marcelo.

El individuo sonrió.

—Ya estamos todos juntos. Gracias por haberlo traído aquí, señorita Martino.

—¿Sabe quién soy? —repuso la joven.

—Claro. Usted es todo un personaje. Logró engañar a nuestro hombre en Roma, pero no logrará engañarme a mí.

—No le entiendo una palabra. Yo nunca he engañado a nadie.

Marcelo levantó las manos.

—Juro que no ha engañado a nadie. Ella nunca miente.

—Calle, profesor, o se la gana.

—¿Sabe también que yo soy un profesor?

—Sí, y manténgase callado durante el resto de la entrevista.

—Eh, creo que se precipita en sus juicios. Yo practico la política de buena vecindad, y la señorita Martino me necesitó.

—Oh, sí, claro. Hizo el Quijote... La quiso sacar desinteresadamente del apuro... Usted es un alma muy buena...

—Eso lo puedo asegurar, amigo mío. Y ahora que todo ha quedado aclarado, sólo falta que sepamos quién es usted.

—Se va a quedar con las ganas.

—No es usted ni pizca de educado.

—Señorita Martino, quiero la carta, y no me venga diciendo que no sabe a qué carta me refiero y todo lo demás —hizo una pausa—. Firmante de la carta: Gastón Lafarge. Destinataria: Giulia Martino. Dirección: Hotel Marco Aurelio, de Roma.

—¿Por qué quiere la carta? —preguntó Marcelo.

—¿Usted qué cree?

—Debe respetar la voluntad de un muerto.

—¿Cómo?

—Gastón Lafarge murió y nombró heredera universal de sus bienes a Giulia Martino...

—Muy bien.

—Respete esa disposición testamentaria y deje en paz a la

señorita Martino.

Marcelo se estaba creciendo al ver que el desconocido permanecía quieto y se dirigió hacia él.

—No dé un paso más —dijo el desconocido.

—No se atreverá a disparar.

—No, ¿eh? —Aquel hombre arqueó el dedo en el gatillo y levantó ligeramente la pistola.

Marcelo se detuvo instantáneamente.

—Se atreverá a disparar... Me vuelvo con la muchacha.

Marcelo se volvió y entonces el desconocido le golpeó con la culata de la pistola en la cabeza.

Marcelo se desplomó.

Giulia lanzó un grito.

—A callar, nena, o también habrá para ti.

—¡Le ha matado!

—No, no le he matado. Pero si lo hubiese hecho, ¿crees que se habría perdido algo?

—¿Qué clase de canalla es usted?

—Cuidado, cariño, no soporto mucho a las mujeres, ni siquiera a las que son tan lindas como tú. Ahora me vas a dar la carta.

—Ni hablar.

—No, ¿eh? —dijo el hombre, y apuntó a Marcelo—. Empezaré por él.

—¿Qué es lo que va a empezar?

—Tienes poca imaginación, pero yo te informaré. Le voy a pegar un tiro.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—¡Quiero decir que no se lo pegue! ¡Le daré la carta!

—Rápido. Ya me habéis entretenido demasiado con vuestras tonterías.

Giulia abrió el bolso y sacó la carta que le había sido enviada por Gastón Lafarge.

—Ahí la tiene —la tiró en el aire.

La carta cayó al suelo.

—Cuidado con hacer una trampa, nena.

—Lo que quiero es que se marche cuanto antes.

El hombre tomó la carta. Leyó el sobre y lo guardó en el bolsillo.

—Bien, esto se acabó.

El desconocido dio un suspiro, sacó un silenciador del bolsillo y empezó a hacerlo girar en el cañón.

Giulia desorbitó los ojos.

—¿Es usted un... asesino?

—Hay que ser de todo, tal como está la vida.

—Es imposible... ¡No lo puedo creer...!

—Lo siento, pequeña, pero no puedo dejaros vivos. Sabéis demasiado.

—No sabemos nada. Somos un par de ignorantes...

—Tú leíste la carta. Y también la leyó el profesor.

—La olvidaremos.

—Eso no depende de ti.

—Es facilísimo de olvidar. Se lo aseguro.

—Ya está bien, cariño. Y para que veas que soy un hombre comprensivo, dejaré que hagas una cosa. Anda, dale un besito y así no te darás cuenta de nada.

Giulia se sintió desfallecer. Iba a morir, y por su culpa, también moriría Marcelo. Recordó las palabras de su vecino. ¿No le había dicho él que se quedase en Roma? Ojalá se pudiesen hacer dos veces las cosas.

—Eh, oiga, le hago una proposición. Deje que volvamos a Italia.

—No hay nada que hacer.

—Nos iremos volando. En el primer avión que salga de París.

—Vas a ir volando, pero a otro sitio.

—¡Espere!

—¿Qué quieres ahora?

—Besaré a Marcelo, como usted dijo.

—Muy bien. Bésale.

Giulia fue a volverse, pero lo que hizo fue saltar sobre su visitante.

Cayó sobre él como una tigresa, y le soltó un zarpazo en la cara, al mismo tiempo que con la otra mano le golpeaba la muñeca.

El asesino lanzó un aullido, sintiendo cómo las uñas rasgaban la piel de su rostro.

En ese momento se abrió la puerta, que golpeó contra el criminal.

Era Madeleine que entraba.

—¡Madeleine! —gritó Giulia—. ¡Ese hombre nos quiere matar!

Madeleine reaccionó en segunda. Pegó un rodillazo en el bajo vientre del desconocido, el cual retrocedió por el hueco tambaleándose. Su pistola cayó en el suelo.

Giulia, sin titubear, se apoderó del arma.

El desconocido echó a correr escaleras abajo.

Giulia fue tras él, pero cuando llegó a la escalera ya el hombre había desaparecido.

Regresó a la habitación.

Madeleine estaba inclinada sobre Marcelo, golpeándole en la cara.

Al fin, el profesor de Historia recuperó el sentido y dijo:

—Demonios, he tenido un sueño estupendo. Yo era agente secreto, les ganaba a todos y me quedaba con dos mujeres...

CAPÍTULO XI

—¿Qué te pasó, Henri? ¿Peleaste con una gata?

Henri, el hombre que había perdido la pistola en la habitación del hotel Juno, se pasó un pañuelo por los arañazos.

—Puedes reírte lo que quieras, Adrien, pero logré lo que quería.

—¿Traes la carta?

—¿Tú qué crees? —sonrió Henri—. ¿Está ahí el jefe?

Henri cruzó la puerta y entró en un *living* lujosamente decorado.

Un hombre estaba sentado en un sillón, de espaldas.

El hombre que estaba sentado en el sillón se volvió.

Era míster Aldiss, el huésped del hotel Marco Aurelio, de Roma, que ahora se encontraba en París.

—Te felicito, Henri.

—Gracias, míster Aldiss.

—Pobre Giulia. Traté de enamorarla en Roma, pero ella no se dejó. Era una chiquilla con muy poco seso. Bien muerta está.

—Perdón, jefe, pero no está muerta.

—¿Cómo has dicho?

—Verá, fallé en eso.

—¿Que tú fallaste...? ¿Quieres decir que ella te hizo eso en la cara?

—Sí, señor. Es una auténtica ñera. Recuerde lo que le hizo a usted en Roma. Yo estaba en la habitación de al lado. Le puso perdido de spaghetti.

—¡Cállate, Henri, no me lo recuerdes! Pero tu caso es distinto... Tenías una pistola.

—Hice las cosas bien. Dejé sin conocimiento al profesor de Historia. Les iba a liquidar a los dos, pero Giulia saltó sobre mí, y luego fue ayudada por otra mujer que surgió a mis espaldas, la

chica del hotel.

—Eres un gran hombre... Dos chicas pueden contigo. ¿Y tu pistola?

—La perdí, Giulia se apoderó de ella, y tuve que salir por piernas, o me hubiera baleado. Al fin y al cabo, yo ya tenía la carta.

—Sácala.

En aquel momento, el gordo Oscar entró en la estancia corriendo.

—Hola, jefe. Henri me telefoneó diciendo que ya había conseguido la carta. Buen trabajo, chico.

—Sí, pero oye esto. Dejó vivos a Giulia y a Marcelo.

—¿De qué se disfrazaron esta vez para pegártela, Henri?

—¡Silencio! No quiero oír más tonterías. Ahora lo que importa es la carta. Dámela de una vez.

Henri sacó la carta y se la entregó a míster Aldiss, el cual extrajo su contenido con avidez.

En medio de un silencio, se puso a leer el mensaje de Gastón Lafarge.

A mitad de él, se interrumpió. En su cara iba apareciendo un gesto de incredulidad. Pero continuó leyendo.

Cuando hubo acabado, alzó los ojos.

Henri y Oscar sonreían satisfechos.

—¿De qué os reís, estúpidos?

—De que al fin va a tener usted el millón de dólares...

—Sí, ¿eh? Voy a tener el millón de dólares... Leed esto, pareja de imbéciles.

Henri recuperó la carta y él y Oscar se pusieron a leerla.

Cuando hubieron terminado, Oscar dijo:

—Menos mal que tenemos la carta o ninguno podríamos creer dónde está el millón de dólares, Imagínese, jefe. Lo tiene un pez.

—Oscar, te voy a hacer una pregunta.

—Diga, jefe.

—¿De dónde te viene el retraso mental? ¿De padre O madre?

—¿Eh...?

—Anda, sigue hablando de la carta. Dime que sólo tengo que ir a ese puente del Sena y cantar la canción de Los Tres Cerditos.

—Si no la sabe, yo se la canto: «¿Quién teme al Lobo Feroz...? Al Lobo, al Lobo...».

—¿Dónde la aprendiste, Oscar?

—De pequeño. Mis amiguitos y yo la cantábamos.

—Cogidos de la mano, ¿eh?

—Sí, aunque yo hacía todo lo posible para cogérsela a una chica gordita que me gustaba un rato.

La ira que se iba incubando en el interior de míster Aldiss, hizo explosión.

—¡Eres el cretino más grande que hay en París, en Francia, en Europa...! ¡En el mundo...!

—Pero ¿qué le pasa, jefe? Si se encuentra mal, ahora mismo le traigo las sales.

—¡Qué sales, ni qué lobo feroz...! Maldita sea, te acepté conmigo porque fuiste amigo de Gastón Lafarge, y pensé que me servirías para algo... ¿Cómo no tuve en cuenta que eres un tonto y que de un tonto sólo se pueden esperar tonterías?

Henri hizo chascar los dedos.

—Ya lo tengo, jefe.

—¿Qué es lo que tienes?

—El significado de la carta.

—¿De qué se trata? ¡Dilo rápido!

Henri quiso saborear aquel momento. Llenó los pulmones de aire y dijo:

—Jefe, es un jeroglífico.

Míster Aldiss enarcó las cejas y arrugó la nariz.

—Sí, ¿eh? Lo has adivinado. Es un jeroglífico... Eh, muchachos. Vengan todos a oír lo que acaba de decir Henri... Su descubrimiento se puede comparar al de Newton, al de Copérnico, al de Einstein... ¡Acaba de descubrir que la carta es un jeroglífico!

—Usted lo dice en broma, pero yo lo digo en serio.

—Yo también hablo en serio... ¿Crees que soy tan imbécil como vosotros? Lo supuse desde que empecé a leer la carta, que se trataba de un jeroglífico.

—Pues ahí lo tiene, jefe. Ahora todo consiste en saber lo que quiere decir eso del puente del Sena, Los Tres Cerditos, y lo del pez que saltará del agua escupiendo el millón de dólares.

—Eres muy listo, Henri. Todo un cerebro. Sólo consiste en eso. Fácil, ¿verdad?

—¿Por qué no nos ponemos a pensar todos? —replicó Henri.

—¿Crees que llegaríamos a alguna parte?

—Bueno, Oscar sabe la canción.

—¿Qué quieres? ¿Que nos cojamos de la mano y que nos pongamos a cantar la canción del Lobo Feroz? Maldita sea, pero ¿qué clase de tipos me busqué para hacer el negocio...?

Se abrió una puerta que comunicaba con el dormitorio, y todos miraron hacia allí.

En el hueco, con el brazo apoyado en el marco, había una rubia, que se cubría con un salto de cama, todo plumas.

La rubia era sensacional, de rostro sensitivo, esbelta, y estaba provista de unas largas piernas, y eso se notaba a pesar de que sus pies estaban desnudos.

Henri, Oscar y Adrien, había interrumpido hasta el resuello.

—Robert —dijo la rubia, dirigiéndose a Aldiss—. Me habéis despertado con vuestros gritos.

—Cuánto lo siento, princesa —dijo Aldiss con los dientes apretados.

—¿Por qué reñís?

—Por poca cosa, Catherine. Sólo por un millón de dólares.

Al oír aquello, la rubia terminó de despertarse. Sus labios sonrieron.

—¿Ya tiene el dinero mi osito peludo?

—Deja de llamarme osito peludo.

—Siempre te ha gustado que te llame así.

—Pero ahora no me gusta, porque tu osito peludo está tan lejos como antes del millón de dólares... ¡Henri, dale la carta!

Henri se encaminó rápidamente hacia la rubia, y al entregar la carta, rozó los dedos femeninos y sintió un escalofrío por la espalda.

Catherine, consciente del impacto que había producido en Henri, le sonrió.

—Gracias, querido Henri.

Henri se sintió morir. Aquella mujer tenía una forma exquisita de hablar. Decía las palabras aterciopeladamente, arrastrándolas con suavidad.

—¡Basta ya! —rugió Aldiss.

—¿Qué te pasa, Robert?

—Te he dicho un millón de veces que dejes a mis hombres en paz.

—Pero ¿qué he hecho yo ahora?

—Tú haces de todo, aun estando dormida.

—Osito, no me gusta que digas esas cosas delante de los chicos.

Aldiss cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¡Abre la carta de una vez!

—Ya voy. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—¿Te parece bien un millón de dólares para tener prisa?

Catherine se puso delante de los ojos el papel. Lo acercó, lo retiró y finalmente dijo:

—¿Cómo quieres que lea la carta si no tengo las gafas?

Entró en el dormitorio y poco después salió con las gafas puestas. Eran con montura de carey, negras, pero Catherine no perdía un ápice de su belleza, por el contrario, las gafas hacían más interesante su rostro.

—Robert, ¿qué dice aquí?

—¿Es que me vas a decir que no aprendiste a leer?

—No seas burro, osito. Claro que sé leer cuando llevo las gafas puestas... Me refería a que es extraordinario.

—Sí, tú lo has dicho. Es extraordinario.

—Esta canción me resulta antipática.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que a mí siempre me ha gustado el Lobo Feroz.

—Claro, te las has arreglado para dejarlo sin piel. Te comprendo, nena. Te comprendo...

—Robert, te prohíbo que digas de mí cosas tan horribles como ésa. Yo no dejo sin piel a nadie —al decir eso, estaba mirando a Henri, el cual tuvo la extraña sensación de que le quitaban el pellejo.

—Adrien —dijo Aldiss.

El hombre que guardaba la entrada del apartamento se estiró.

—¿Diga, jefe?

—Quiero el mejor especialista en descifrar jeroglíficos.

—Eso costará algún tiempo, y dinero.

—Me importa poco el dinero, pero me importa el tiempo. Esta carta hemos de tenerla resuelta para mañana... ¿Lo has oído bien? Y eso va por todos.

Los tres hombres que le escuchaban movieron la cabeza en

sentido afirmativo.

De pronto, Aldiss se interrumpió. Catherine estaba cantando la canción de Los tres cerditos.

—Eh, Catherine, ¿quieres callarte de una vez?

—Se me ha ocurrido que quizá en la canción esté la clave.

—¿Por qué ha de estar la clave en la canción? ¿Por qué no ha de estar en ese puente del Sena?

—Porque la canción es lo único real.

Aldiss se quedó pensativo unos instantes, sin dejar de mirar a Catherine.

—¡Oscar! —gritó.

—¿Qué pasa?

—Ponte a cantar con ella.

—Tengo muy mala voz.

—¡Nada de evasivas ahora! ¡A cantar se ha dicho...! Los dos a coro... Si alguno se olvida de la letra, el otro le ayudará.

—¿Puedo cogerla de la mano, jefe? Ya sabe, es la costumbre.

—Cógele la mano y todo lo que quieras, pero cantad los dos, y que se os oiga claro.

Oscar tomó de la mano a Catherine y los dos se pusieron a cantar la canción de Los tres cerditos.

Aldiss, Henri y Adrien escucharon atentos.

En un momento determinado, Aldiss gruñó:

—Adrien, llama al especialista en jeroglíficos. Busca al mejor, antes que este coro de gatos me vuelva loco con su maldita canción.

CAPÍTULO XII

Giulia y Marcelo estaban sentados ante una mesa del restaurante que el profesor de Historia había conocido años atrás, durante su estancia en París.

—¿Sigues pensando en la carta, Giulia?

—Claro. ¿En qué otra cosa puedo pensar?

—Entonces te diré una cosa muy importante... Probablemente para ellos tampoco debe significar nada.

—¿Quieres decir que no encontrarán la solución?

—Estoy dispuesto a apostar por ello...

—Pero, entonces, ¿para qué querían la carta?

—Ellos no sabían su contenido. Recuérdalo... Ponte en el lugar de Gastón Lafarge... El tiene un millón de dólares. Lo ha escondido en alguna parte. Te escribió la carta para darte una pista, pero, al mismo tiempo, lo hizo de una forma enigmática. ¿Por qué...? Es la mar de sencillo, porque previó la posibilidad de que la carta pudiese caer en manos de personas extrañas... En resumen, que ya puedes estar segura de que, en estos momentos, nuestro amigo, el asesino, y su jefe, se están quebrando la cabeza buscando una solución al mensaje de Gastón Lafarge. Y otra cosa que también es muy importante, Giulia. Nosotros sabemos el contenido de la carta, y por eso nos quisieron matar...

—Según eso, nosotros nos encontramos en las mismas condiciones que ellos para encontrar la solución.

—Exactamente.

—¿Y cuál es su significado, Marcelo?

—Yo tampoco lo sé.

—Y me temo que mañana nos encontremos en la misma situación. No tendré más remedio que ir al puente del Sena y

ponerme a cantar la canción de Los tres cerditos.

—No dejaré que lo hagas.

—¿Por qué no?

—Porque quizá ellos tengan la misma idea de ir a cantar allí la canción.

Giulia se echó a reír.

—Sería un buen espectáculo para turistas.

—Sí, no estaría mal —sonrió Marcelo, y luego agregó—: Me gusta que estés optimista.

Pero ella había quedado muy seria.

—¡Marcelo!

—¿Qué te pasa?

—Mira quién acaba de entrar.

Marcelo volvió la cabeza y vio al rubio Alan.

Él también les había descubierto y fue hacia la mesa.

Marcelo se llevó la mano al bolsillo.

—Hola —dijo el rubio.

—Esta vez estoy preparado —le anunció el profesor—. Tengo una pistola en el bolsillo. Y te aseguro que no voy a hacer ruido, porque está provista de silenciador.

Alan sonrió.

—Vengo en son de paz.

Cogió una silla y se sentó.

—Con permiso.

Giulia y Marcelo se miraron con perplejidad. Éste clavó los ojos en la cara de Alan, y preguntó:

—¿Cómo nos encontraste?

—Resultó fácil dar con el hotel Juno. Hablé con esa chica, Madeleine, y le dije que yo era tu amigo, que estábamos en el mismo bando.

—Eres un embustero, Alan.

—Algunas veces uno tiene que mentir para seguir adelante.

—Tú no vas a seguir adelante, Alan.

—Sé a lo que te refieres, profesor. También me lo contó Madeleine. Henri se apoderó de la carta.

—¿Henri?

—Un tipo moreno, de ojos azules. En nuestros medios le llamamos Henri el Silenciador, porque siempre mata con ese

aparatejo.

—¡Le llaman el Silenciador en el gremio de asesinos al que perteneces!

—No digas eso, profesor. Yo no mato sin un motivo. Y ya te he dicho al principio que no vengo aquí para pelear.

—Oh, no, claro. Esto es un restaurante y vienes para cenar.

—Muy bueno el chiste, profesor, y ahora que lo dices, también cenaré. Pero me importa más llegar a un acuerdo con vosotros.

—Vaya, muy interesante.

—Me decís el contenido de la carta, vamos a por el dinero, yo recibo una parte y todos nos despedimos, deseándonos una feliz vida.

—Así de sencillo, ¿eh?

—Es lo mejor para vosotros. Henri no está solo.

—¿Para quién trabaja Henri?

—Sé que lo hace en el mismo bando que Oscar.

—¿Y quién es el jefe de Oscar?

—Robert Aldiss.

Giulia dio un salto en la silla.

—¿Míster Aldiss...? ¡Oh, no puede ser...! Míster Aldiss es un hombre de negocios, un financiero... ¡No puede ser un asesino...!

—No, ¿eh? Menudo tipo te pusiste a defender, preciosa. Robert Aldiss es el peor asesino que te puedes encontrar en tu vida, aunque tiene más educación que Henri el Silenciador.

Giulia seguía perpleja.

—Oh, sí, todo coincide —murmuró como si hablase consigo misma—. Por eso me llamó a la *suite*... No quería dictar ninguna carta... Me tenía preparada la cena... Con champaña del mejor... Me quería convencer de que estaba enamorado de mí, el muy canalla... Y hasta me prometió un abrigo de visón...

Alan soltó una risita.

—Sí, nena, y te habría prometido la luna a cambio de que le dices la carta.

—Pero, entonces, yo no la tenía.

—Aldiss sabía que tú eras la destinataria. Robert Aldiss sabe muchas cosas. Ya te lo he dicho.

—Alan —intervino Marcelo—. Quiero saberlo todo.

—Estupendo. Ya somos socios. Dime el contenido de la carta.

—Tu historia primero.

Alan entornó los ojos.

—¿Cómo sé que no me traicionaréis?

—¿Cómo sabemos nosotros que no nos vas a traicionar tú?

—Vaya así están las cosas.

—Sí, así están las cosas, y quiero advertirte algo, Alan. A estas horas, Aldiss sabe perfectamente cuál es el mensaje de Gastón Lafarge. Con ello quiero decirte que debes contarnos la verdad, y toda la verdad...

Alan se pellizcó el labio inferior, pensativo y sopesando las palabras de Marcelo.

—Está bien. Os contaré la historia... —hizo una pausa—. En 1966 llegó a París una personalidad cubana, un tal Pedro García. Había conocido a Robert Aldiss cuando la invasión de la Bahía de los Cochinos. Aldiss formaba parte del grupo expedicionario que Fidel Castro hizo morder el polvo... Pero Aldiss había hecho una heroicidad. El y otro hombre llamado Anthony Bisby, más conocido como el Loco, fueron los únicos supervivientes del grupo. A sus compañeros los mataron o hicieron prisioneros. Ellos dos, Aldiss y el Loco, no tuvieron más remedio que internarse en la isla, y valerse de sus propios medios para subsistir. No voy a relatar aquí sus aventuras porque no son del caso, pero, al cabo de dos meses, Aldiss y el Loco consiguieron hacerse a la mar en una pequeña embarcación... Fueron recogidos, milagrosamente vivos, por un barco que les llevó a Estados Unidos... Ni Aldiss ni el Loco imaginaron que aquella aventura suya iba a tener consecuencias. Aldiss después de aquello se dedicó a las finanzas, como él dice, aunque lo suyo es ganar un dólar donde quiera que pueda. Lo que pasa es que Aldiss tiene una mente muy fantástica y le gusta que le tomen por lo que no es.

—Continúa con la historia y deja los comentarios —dijo Marcelo.

—Como iba diciendo, un buen día de febrero de 1966, Aldiss se encontraba en París, y fue allí donde se entrevistó con Pedro García, un cubano que representaba a una de esas asociaciones de exiliados que existen en Estados Unidos. Las hay por docenas y Pedro García había logrado fundar no menos de veinte de ellas... Para eso había contado con la bendición de organismos yanquis tan importantes

como la CIA. El objeto del viaje de Pedro García era proponerle a Aldiss que volviese a la isla. En un principio, Aldiss se carcajeó, pero Pedro García le cortó la risa muy pronto, cuando le dijo que estaba dispuesto a pagar un millón de dólares a cambio de lo que Aldiss tenía que hacer en la isla.

—¿Qué cosa tenía que hacer? —preguntó Giulia.

—Entrar en la Comandancia General de Fidel Castro y fotografiar los planos secretos que se referían a la defensa de la isla. Marcelo lanzó un silbido.

—Caramba, ese Aldiss debe ser bueno.

CAPÍTULO XIII

Alan prosiguió:

—Pedro García le dijo a Aldiss que la federación a la que representaba había estudiado bien la aventura y consideraba que Aldiss debía llevar consigo a doce hombres. El asombro de Pedro García fue mayúsculo cuando Aldiss le dijo que sólo necesitaba tres hombres. Argumentó que, con una docena, la operación estaría condenada al fracaso, y que siendo cuatro hombres, tocarían cada uno a un cuarto de millón y, por ello, los hombres se convertirían en un comando del Memo, cuatro diablos dispuestos a todo...

Alan encendió un cigarrillo y después de arrojar dos chorritos de humo por los agujeros de la nariz, dijo:

—Aldiss conocía a los tres hombres que necesitaba para hacer aquel trabajo. Uno era la persona que ustedes tienen delante... No conocía Cuba, pero he estado en otros lugares, donde se ha repartido bien el bacalao... En Vietnam, en el Congo... —Alan sonrió—. Os aseguro que podría contar mis aventuras en un libro de mil páginas.

—Me temo que tendremos que escucharte en otra ocasión —opuso Marcelo.

—Oh, sí, a vosotros sólo os interesa lo relacionado con Aldiss y el millón de dólares.

—Así es. De modo que puedes continuar con los miembros del comando. Faltan dos.

—El tercero era Anthony el Loco.

—El compañero con el que Aldiss corrió su aventura cuando el fracaso de la Bahía de los Cochinos. ¿Quién fue el cuarto hombre?

—El tipo que habéis conocido con el nombre de Gastón Lafarge.

—¿No era su verdadero nombre?

—No. Se llamaba Hebert Roza.

—Muy bien. Ya está el grupo completo. ¿Qué pasó después?

—Aldiss tardó unos días en reunir su comando en París... Yo estaba por entonces en el Congo. Anthony se hallaba en Chicago, y en cuanto a Hebert Roza, tenía intereses en Marsella... Aldiss nos llevó a la Camarga, a una casa que había alquilado. Allí, durante dos semanas, estuvimos quemando grasa, recuperando la forma... Todos estábamos entusiasmados con aquella expedición... Debíamos estar muy unidos para salir con vida. Un fallo de cualquiera y se acabarían nuestras posibilidades de seguir viviendo... Al fin estuvimos preparados. Aldiss había rechazado la idea de Pedro García de que partiésemos de Florida. Eso habría parecido sospechoso a los cubanos. Aldiss alquiló un yate deportivo. Supuestamente, nosotros éramos cuatro hombres de negocios que iban a pasar sus vacaciones pescando el pez espada en el mar de las Antillas. El yate nos estaba esperando en las Bermudas. Un día al amanecer, nos pusimos en marcha. Todo fue transcurriendo con normalidad. Nos dedicábamos a la pesca, pero una noche cambiamos de nimbo. Nos dirigimos a Cuba. La operación de desembarco fue un éxito. Luego hicimos nuestro camuflaje. Aldiss había tenido en cuenta todos los detalles. El sabe correctamente el español, lo mismo que Anthony el Loco. Yo conocía bastante el idioma porque había luchado en el Congo en compañía de un montón de españoles. En cuanto a Hebert Roza, lo chapurreaba para defenderse, pero tenía la orden de mantener la boca cerrada. Aldiss era un capitán del Ejército de Fidel Castro y nosotros sus soldados. Pedro García nos había proporcionado los elementos necesarios y entre ellos estaba la documentación... No quiero entreteneros con los detalles. Lo cierto es que llegamos a nuestro destino, a la Comandancia General de Fidel Castro.

—¿Lograsteis entrar? —preguntó Giulia.

—Desde luego.

—¿Y qué pasó allí dentro?

—Entramos a las ocho de la noche, cuando el personal ya se había marchado. Sólo estaban los guardias. Nosotros debíamos de sustituir a cuatro de ellos, para lo cual llevábamos una orden especial del propio ministro de la Guerra. Sólo contábamos con unos treinta minutos para hacer nuestro trabajo... Entre nuestro

equipo llevábamos las máquinas necesarias para hacer las fotografías, el último grito en su especialidad... En fin, que llevamos a cabo el trabajo que nos habían encomendado, y, en el tiempo previsto, salimos de la Comandancia.

—Un momento —dijo Marcelo—. Imagino que los documentos que fotografiasteis estarían escondidos en una caja fuerte.

—Así es. Pero eso no era dificultad para nosotros, ya que llevábamos un especialista en ese género.

—¿Quién era?

—Hebert Roza, alias Gastón Lafarge...

—Adelante, Alan.

—Llegamos adonde habíamos escondido nuestra barca y nos largamos al yate, que habíamos dejado en una cala... Enseguida reemprendimos el viaje de regreso a Nassau. Pedro García recibió de manos de Aldiss las máquinas fotográficas, en las que habían quedado reflejados los planos secretos de Fidel Castro, y a cambio pagó su millón de dólares en dinero efectivo... Luego, Pedro García se largó y nosotros nos abrazamos. Empezamos a beber, a cantar... Habíamos logrado hacernos ricos de una vez para siempre. Un cuarto de millón de dólares para cada uno significaba que ya no tendríamos que jugarlos la piel en ninguna parte del mundo. Pero alguien había pensado otra cosa.

—¿Hebert Roza?

—Sí, amigo.

—¿Cómo lo hizo?

—Nos narcotizó con la bebida... Fuimos cayendo poco a poco. Yo fui el que más resistí. Me di cuenta de lo que pasaba y traté de sacar la pistola. Para Roza fue un juego de chiquillos desarmarme. Sólo tuvo que empujarme y caí redondo... Ya os podéis imaginar el despertar que tuvimos. Allí estábamos tres hombres burlados. Un hijo de perra. Hebert Roza, nos había quitado el cuarto de millón de dólares... Aldiss, Anthony y yo juramos que le ajustaríamos las cuentas, aunque fuese lo último que hiciésemos. Pero los tres comprendimos que cada cual jugaría por su cuenta. Eramos cuatro lobos. Lo habíamos sido siempre. Tres de nosotros lo habíamos olvidado, pero Gastón Lafarge no lo hizo. Hebert Roza nos trajo a la memoria que tipos como nosotros sólo podíamos luchar juntos cuando la vida nos iba en ello, pero ahora que había terminado

todo, cada uno sentía deseos de convertirse en el único dueño del millón de dólares... Y es lo que hemos hecho desde entonces, investigar cada uno por su lado.

—¿Quién mató a Gastón Lafarge? —preguntó Marcelo.

—Yo no lo hice.

—¿Por quién apuestas?

—Ha podido ser cualquiera de ellos. Aldiss y Anthony el Loco se bastaban para pegar dieciséis balazos a quien fuese.

—Eso es absurdo. No podían matar a Hebert Roza, alias Gastón Lafarge, sin conocer el paradero del millón de dólares.

—Sí, ya pensé en eso. Y tengo una explicación. Sólo pudo ser Anthony el Loco.

—Tendría que estar realmente loco para cargarse a Gastón Lafarge sin saber dónde podría echar mano al millón de dólares.

—Anthony es un perturbado de verdad cuando se trata de apretar el gatillo.

—¿Le has visto recientemente?

—No, no le he visto desde que nos separamos en Nassau.

—Hay algo que no comprendo. No has explicado la relación de Gastón Lafarge con Giulia Martino.

Alan dio un suspiro.

—Hebert Roza conocía bien a Giulia y ella también le conocía.

El profesor de Historia miró con asombro a Giulia, la cual estaba también perpleja, tras oír aquella declaración de Alan.

—Eh, que yo no soy una embustera... No he visto en mi vida a Gastón Lafarge.

—Te voy a demostrar que te equivocas.

—¿Sí? ¿Y cómo lo vas a demostrar?

—Es bien sencillo. Con una fotografía que los muchachos y yo nos hicimos en la Camarga, mientras nos entrenábamos para invadir la isla de Cuba.

Alan, con una sonrisa en los labios, sacó del bolsillo de la chaqueta una fotografía que puso sobre la mesa, delante de Giulia.

La joven observó a los cuatro hombres que se reflejaban en la fotografía y lanzó un grito.

—¡Dios mío...! Este hombre, el tercero a la izquierda. ¡Es Orlando Tessari, un primo cuarto por parte de mi madre...!

—Orlando Tessari. Hebert Boza y Gastón Lafarge, son una

misma persona, Giulia —contestó Alan—. Tu primo cuarto era el mayor bastardo del mundo y se hizo la cirugía estética después que nos limpió el millón de dólares...

CAPÍTULO XIV

Giulia se había quedado sin habla, y bebió un trago de agua antes de mirar otra vez la fotografía.

—Sí, es Orlando Tessari, no hay la menor duda.

—¡Bravo! —dijo Alan—. Celebro que lo reconozcas porque así las cosas están más claras. Todo explicado, ¿verdad? ¿Por qué te nombró heredera? Porque eras su prima, porque te conocía bien, y porque pensó que, si a él lo mataban, el millón no iría a parar a sus compañeros. Era su venganza por su muerte.

—¿Cómo os enterasteis vosotros de que yo era su prima?

—El ingenuo de Orlando no tuvo en cuenta que nos había hablado de ti en alguna ocasión. Sí, estaba orgulloso de su prima cuarta. Te comparaba con la Lo Ilota rígida y con la Loren... Nos decía que, si te hubieses dedicado al cine, habrías acabado con las dos —Alan sonrió—. Y debo decir que, después de conocerte, tu primo no exageró nada.

—Gracias. Eres muy amable.

—Ahora llegamos a la parte más importante, nena. Tienes que hacer un esfuerzo de memoria. Está tan claro como el agua que tú debes saber el significado de la carta.

—Ahí te equivocas.

—No.

—Claro que te equivocas. Yo no sé nada.

—¿Qué dice la carta?

Giulia miró a Marcelo y Alan protestó:

—Eh, yo os he contado toda la verdad de la historia, como queráis. Somos socios y tengo derecho a conocer el mensaje que te mandó Orlando, Gastón o Hebert.

Marcelo sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Puedes decírselo, Giulia.

—Está bien —convino Giulia y, a continuación, recitó casi de memoria la carta.

Cuando hubo terminado, Alan sonrió.

—Magnífico.

—¿Crees que es magnífico?

—Tú debes saber dónde está el millón, pero ellos no lo sabrán. Esos estúpidos no se han dado cuenta de que, aunque se apoderasen de la carta, no adelantarían nada. Les llevamos mucha ventaja y, para conservarla, hemos de dar con la solución del rompecabezas cuanto antes.

—Tercer puente del Sena, canción de Los tres cerditos... Pez que saldrá del agua escupiendo un millón de dólares —Giulia se interrumpió y al cabo de un rato dijo—: Lo siento, Alan, pero no puedo recordar nada.

—¿No puedes o no quieres?

—¡He dicho que no puedo!

Alan atrapó una muñeca de Giulia y, con un gesto de gran dureza, dijo:

—Te voy a advertir algo. A mí no me la pega nadie.

Marcelo apretó los dientes.

—Déjala quieta, Alan.

—No te metas tú.

—¡He dicho que la dejes o te tendrás que enfrentar conmigo!

Los dos hombres se miraron retadoramente, y por último, Alan apartó su mano de la de Giulia.

La joven se levantó.

—Será mejor que nos marchemos.

—Yo voy con vosotros —dijo Alan.

—¿Por qué? —preguntó Marcelo.

—Porque no me fío de mis socios.

—Nosotros somos de confianza.

—Sí, claro. Lo mismo que Gastón Lafarge, y mira lo que pasó. Estaremos juntos hasta que a ella se le ocurra la solución.

—Podrían pasar meses.

—No, por la cuenta que le trae, no pueden ser meses.

—No me gusta que amenaces a Giulia.

—¿Quién la amenaza? Sólo digo que, por su propio interés, debe

sacar cuanto antes la clave. En cualquier momento puede aparecer Anthony el Loco, ¿y sabes lo que pasará? ¡Nos rebanará la nuez a todos!

Giulia sintió un escalofrío y se cogió del brazo de Marcelo.

Salieron los tres del restaurante y, minutos más tarde, entraban en el hotel Juno.

Madeleine estaba en el registro y, al ver a Alan dijo:

—Giulia, ya me dirás el secreto para salir con uno y volver con dos.

—Es todo tuyo. Te lo regalo —contestó Giulia.

—¿Se deja regalar él?

Alan sonrió.

—Ya hablaremos luego tú y yo. Ahora quiero un cuarto cerca del de mis amigos.

—La habitación número seis. Ella está en la siete.

Alan se inscribió en el libro y subieron la escalera.

Entraron en la habitación de Giulia y ella dijo:

—Prefiero que ahora me dejéis en paz. Quiero dormir.

Marcelo miró a Alan.

—Ya la has oído. Quiere dormir.

—Está bien. Pero hazme un favor, Giulia. Antes de caer en brazos de Morfeo, sería mejor que trataras de recordar todo lo que te dijo Orlando Tessari.

—Ya traté de recordar y no logré nada.

—Inténtalo de nuevo.

—De acuerdo.

—Buena chica.

Alan sonrió a los dos, les deseó buenas noches y salió de la habitación.

Al encontrarse a solas con Marcelo, Giulia preguntó:

—¿Cuáles son tus conclusiones?

—Es sencillo. Nos las tenemos que ver con gente muy peligrosa y en ella está incluido nuestro socio Alan.

—Tengo que dar con la respuesta del mensaje.

—Te voy a decir algo con respecto a eso. Preferiría que no dices con ella.

—¿Por qué?

—Porque cuando consigas la respuesta, no habrán terminado

nuestros males.

—Le daremos una parte a Alan.

—¿Y Anthony el Loco?

—No ha aparecido por ninguna parte.

—Puede ser el hombre que te amenazó en Roma, el que te invitó a ir a la plaza de España.

—Es posible, pero, en tal caso, él se habrá quedado en Roma.

—Esta gente tiene una gran facilidad para ir de un sitio a otro. Siguen el rastro sin un titubeo, y se las arreglan para llegar a tiempo donde deben estar...

La joven se puso a pasear de un lado a otro de la estancia.

—Hace cosa de seis meses, Orlando vino a Roma... Eso quiere decir que ya había pegado el golpe...

—¿Qué hicisteis?

—Me invitó a cenar, a ir al cine. Estuvo muy simpático y amable.

—Y, naturalmente, no se había hecho aún la cirugía estética.

—Claro que no.

—Entonces está claro. Fue durante esas veladas cuando él te dio la solución. Ya pensó en ti como posible heredera del millón... y ése fue el único objeto de su viaje, el ponerte al corriente de cómo podías solucionar su carta si te la escribía.

—Parece lógico.

—Lo es. No te quepa la menor duda.

La joven continuó paseando mientras reflexionaba.

De pronto se detuvo.

—¡Marcelo...! ¡No caímos en un detalle que había en la carta!

—¿Qué detalle?

—Recuerda, tercer puente del Sena... Después de la «ése» había un espacio en blanco.

—Sí, lo recuerdo.

—Podría caber una «I», y entonces, sería Siena.

—¿Qué tiene que ver Sena con Siena?

—Creo que mucho. Orlando nació en Siena. Yo estufe allí. Toda su familia es oriunda de esa comarca... ¡Marcelo...!

—¿Qué pasa ahora?

—¡Tercer puente...! Ahora está claro. ¡Hay un tercer puente en Siena que conduce a la casa de los padres de Orlando! Es una casa

de labor. Fue destruida por la guerra.

—¿Qué hay de la canción Los tres cerditos?

—El padre de Orlando, Hugo, criaba cerdos. Hay una porqueriza en la parte trasera.

—¿Y lo del pez?

—Lo del pez no encaja.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. No hay ningún pes...

—Bueno, creo que se me ocurre una explicación para eso.

—¿Cuál?

—Debió dibujar un pez en algún sitio, cerca del lugar en donde escondió el millón de dólares.

Giulia se abrazó a Marcelo.

—¡Ya lo tenemos...! ¡Ya lo tenemos...!

—Sí, creo que está claro. Orlando quiso equivocarse a todos, diciendo que encontrarías el dinero en París y así ha sucedido...

—Hay que salir de aquí.

—¿Qué hacemos con Alan, Marcelo?

—Habría que decírselo.

—¿Tú crees que se comportará bien con nosotros?

—No le daremos la solución. Sólo le diré que viajará con nosotros a Italia. En el camino pondré mucho cuidado en evitar que nos la pegue.

Marcelo salió de la habitación y fue a la número seis.

Llamó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta.

—Eh, Alan —dijo, mientras hacía girar el tirador.

La puerta cedió a su impulso y pasó al interior.

Luego, Marcelo sintió un escalofrío por la espalda al ver la escena que se ofrecía a sus ojos. Alan estaba atravesado en la cama, con la cabeza colgando. Alguien le había degollado. Los ojos de Alan estaban abiertos, fijos en el techo. La sangre le brotaba todavía de la enorme grieta de la garganta.

Marcelo salió muy aprisa. Se detuvo en el solitario corredor, la mano en la pistola.

No, no, allí no había nadie.

Movió muy aprisa sus piernas y entró otra vez en la habitación de Giulia.

—¿Ya se lo dijiste a Alan?

—No pude, nena. Está muerto.

—¿Qué...?

—Lo degollaron como a uno de esos cerditos...

—¡Oh, no...!

—Lo acabo de ver con mis propios ojos.

Giulia se apretó los brazos.

—Pero ¿quién ha podido ser?

—Sólo tengo un aspirante para eso.

—Anthony el Loco.

—Sí.

—Pero ¿dónde está? —dijo Giulia mirando a su espalda.

Marcelo sacó la pistola.

—Anda, ven aquí, a mi lado.

La joven corrió junto a Marcelo.

El abrió la puerta poco a poco y asomó la cabeza.

El corredor continuaba desierto.

Los dos jóvenes salieron de la habitación número siete y se encaminaron hacia la escalera, de puntillas, sin hacer ruido.

En aquel momento se abrió una habitación a sus espaldas.

—Eh, ustedes...

Marcelo y Giulia, se volvieron lanzando sendos gritos de sobresalto.

Allí, en el corredor, vieron a un hombre en camiseta. Tenía la cara llena de jabón y esgrimía con la mano derecha una navaja barbera.

Marcelo le apuntó con la pistola.

—Quieto, Anthony.

Aquel hombre agrandó los ojos.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Anthony.

—Yo no me llamo Anthony.

—Claro que sí. Antes se llamaba Anthony el Loco y ahora se llama Anthony el Carnicero.

—No sé de qué me habla... No soy la persona que usted dice.

—¿Y por qué salió de su habitación detrás de nosotros?

—Yo estaba afeitándome tranquilamente cuando recordé algo que había olvidado... Me faltaba una toalla, y al verles bajar la escalera, les llamé para rogarles que hiciesen el favor de decírselo a

Madeleine.

Marcelo estaba mirando a los ojos del tipo. No sabía si decía la verdad.

Era muy alto, de frente abombada, ojos hundidos en las cuencas, y Marcelo apostó consigo mismo a que era la cara del perfecto asesino.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué me apunta con la pistola?

—Vuelva a su cuarto, como quiera que se llame. Ya le diré a Madeleine que le traiga la toalla.

—Gracias.

—De nada.

El huésped se metió en la habitación y cerró la puerta.

Giulia exhaló el aire de sus pulmones mientras decía, bajito:

—Creo que me voy a desmayar.

—Espera a que estemos en Italia —dijo Marcelo, y la sujetó por el brazo.

Bajaron la escalera.

Madeleine estaba en el registro.

—¿Adónde vais ahora?

—A Noruega —dijo Marcelo, porque no quería decir a Madeleine la verdad.

—¿No hará allí ahora mucho frío?

—Sí, y por eso vamos, para entrar en calor, porque París está muy caldeado... A propósito, Madeleine, ¿quién es el huésped de la habitación número catorce?

—Un tal Pierre Delmas.

—¿Le conoces?

—No. Es la primera vez que viene al hotel.

—¿Cuándo llegó?

—Mientras vosotros estabais en el restaurante...

—Ya nos veremos en otra ocasión, Madeleine.

Marcelo le dio una palmada en la mejilla, y luego él y Giulia fueron hacia la calle. Una vez en ésta, Giulia dijo:

—Cuando Madeleine descubra el cadáver de Alan, se va a llevar la gran sorpresa.

—No se lo podía decir porque nos habría traído complicaciones, y lo que nos interesa ahora es salir de París cuanto antes.

—¿Crees que el hombre de la navaja era Anthony el Loco?

—Claro que no —respondió Marcelo, pero Giulia comprendió que sólo le había dado aquella respuesta para tranquilizarla.

CAPÍTULO XV

El coche que conducía Marcelo, un «Fiat-600», pasó por el puente.

—Éste es el tercer puente —dijo Giulia.

—¿Dónde está la casa?

—Tres kilómetros más allá.

Corrían por un camino de polvo bajo un cielo azul y un sol espléndido.

Desde Roma se mantenían vigilantes. Se habían detenido varias veces para asegurarse de que no les seguían.

Cada uno de ellos estaba dispuesto a jurar que Anthony el Loco y míster Aldiss estaban muy lejos de ellos, probablemente en París, haciéndose preguntas.

Giulia se echó a reír.

—¿Te imaginas a míster Aldiss en el tercer puente del Sena cantando la canción de Los tres cerditos?

Marcelo también rió.

Vieron algunas casas de labradores, con gallinas que picoteaban de un lado a otro, y hasta oyeron algún gruñido de ejemplares de ganado porcino.

—Mírala, allí está, en la falda de la colina.

La casa estaba en ruinas. En sus paredes se veían marcas dejadas por la metralla, cicatrices que nadie había curado.

Marcelo detuvo el coche ante la puerta.

Los dos bajaron mirando a su alrededor.

Una lagartija, que tomaba el sol sobre una piedra, echó a correr.

Giulia y Marcelo permanecieron inmóviles a la escucha.

—No hay nadie —dijo Giulia—. Vamos a la parte trasera.

Cruzaron lo que había sido una habitación en donde ahora había restos de madera, mucho polvo, piedras. La pared estaba derrumbada, y por el agujero se veía el hermoso cielo azul.

Llegaron al patio y Giulia señaló hacia la derecha.

—Allí estaba la porqueriza...

Las paredes no habían terminado de derrumbarse, pero también ellas mostraban las terribles huellas de la guerra.

Llegaron al lugar en donde la familia de Orlando Tessari habría criado los cerdos.

—¡Marcelo, allí está el pez!

Efectivamente, sobre una de las piedras de la pared, había dibujado, con cal, un pez.

—El dibujo es reciente —dijo Marcelo.

Giulia tragó saliva, señalando el suelo.

—Entonces... Debe estar aquí...

—Voy al coche por el pico y la pala.

Marcelo dio la vuelta y desapareció en el interior de la casa.

Giulia sintió frío, a pesar de que el sol calentaba bastante.

—Hola, nena —dijo una voz.

Giulia volvió la cabeza y fue a gritar, pero el hombre que estaba allí dijo:

—Si abres el pico, te meto una bala.

Ella, para no gritar, se llevó la mano a la boca.

Entonces, avanzó hacia ella el hombre que había conocido en el hotel Juno, el que manejaba la navaja barbera.

—Usted es Anthony el Loco.

—No me gusta eso.

—Quise decir Anthony el Barbero.

—Nena, te la estás ganando.

—Perdone, pero es que estoy hecha un lío.

—Eso es lo que voy a hacer contigo, un lío antes de meterte en tierra.

Giulia, trató de ganar tiempo, porque aquel hombre no manejaba la navaja barbera, sino una pistola.

—Anthony, ¿cómo logró dar con nosotros...? No le vimos por el camino.

—Es bien sencillo. Yo me adelanté.

—¿Que se adelantó...? Pero eso es imposible. Usted no podía

saber el significado de la carta. Estoy segura de que ni siquiera la leyó.

—No eres muy inteligente, nena... Pero yo te daré la explicación para que no calientes demasiado tus pocos sesos. Liquidé a Alan y acerqué mi oreja a la puerta de tu habitación, justamente en el momento en que estabais hablando de ese rompecabezas. Por eso me pude enterar.

—¿Por qué salió de su habitación con la navaja en la mano?

—Quería liquidaros allí mismo, pero me encontré con la sorpresa de que Marcelo tenía una pistola, y tuve que dejarlo para después.

Giulia tragó saliva.

—¿Y después es ahora?

—Sí, nena. Ahora.

Oyeron que alguien silbaba la canción de Los tres cerditos.

—Vaya, aquí viene tu amiguito y está muy contento —dijo Anthony—. A callar.

Marcelo apareció con el pico y la pala. Efectivamente, era él quien silbaba la canción de Los tres cerditos, pero al ver a Anthony se detuvo, y las últimas notas le salieron muy desafinadas.

—Caramba, si tenemos aquí a nuestro muchachote... ¿Cómo le va, Anthony? ¿Qué tal se le dio con la navaja últimamente?

—Ande, haga chistes. Ya le queda poco. Me cargué al primo de la muchacha en París, a ese Gastón. Creí que tenía el millón en su cuarto. Y ahora me lo cargo a usted.

—Hombre, no se ponga usted así. Después de todo, le ha llegado la hora del triunfo. Recuerde, estamos cerca del millón.

—¡Marcelo! —exclamó Giulia con la voz estrangulada—. Él llegó antes que nosotros porque nos oyó en el hotel.

—Sí, eso hay que suponerlo. Pero dígame una cosa. Anthony. ¿Por qué no sacó el dinero del hoyo?

—Como pensé que tampoco ustedes tardarían en llegar, no me molesté en traer las herramientas. —Anthony le sacó la pistola del bolsillo y la arrojó al suelo.

—Entiendo, y apuesto a que también ha pensado que yo trabaje para usted.

—Se le ve a usted un tipo con muchas entendederas. Sí, profesor. Va a ser usted quien haga el trabajo de desenterrador.

—Podía emplear otra palabra, yo relaciono el desenterrador con el cementerio.

—Deje los juegos de palabras y póngase a cavar ahí, delante del dibujo.

—Con mucho gusto.

Anthony se sentó en una piedra, puso la pistola a un lado y encendió un cigarrillo.

Marcelo estaba cavando y lo hacía lentamente.

—Más aprisa, profesor.

—Oiga, no estoy acostumbrado a hacer este trabajo... Se me está ocurriendo una idea. Vayámonos al pueblo y traigamos un profesional.

Había abandonado el pico.

Anthony atrapó la pistola.

—Tres segundos para que continúe cavando... Uno..., dos...

Marcelo se puso a cavar deprisa y Anthony soltó una risita.

De pronto, el pico golpeó contra algo metálico.

Anthony se puso de pie.

—Ya llegó.

—Haga usted el resto —dijo Marcelo.

—Me lo voy a cargar antes de tiempo, profesor. Saque ese baúl, o lo que sea, de ahí.

Giulia estaba inmóvil, junto a la pared.

Anthony no les había concedido muchas oportunidades para defenderse. Giulia podía hacer muy poco, y él, Marcelo, estaba desarmado. Un par de veces pensó arrojar un puñado de tierra a Anthony, como había visto hacer en algunos filmes, ¿pero daría resultado? ¿O sería un simple truco para que el héroe ganase la última pelea?

Ahora estaba utilizando la pala.

No tenía dónde elegir. Estaba claro que, cuando sacase el baúl, Anthony le balearía, y a Giulia le podría pasar algo peor antes de morir.

Fue entonces, al pensar en Giulia, cuando se decidió a arrojar la paletada de tierra a la cara de Anthony.

Tuvo éxito.

Anthony retrocedió dando un chillido e hizo fuego.

La bala golpeó contra la pared.

Marcelo se arrojó sobre Anthony y los dos cayeron al suelo dando vueltas.

Marcelo logró quedar encima y pegó un terrible puñetazo a Anthony entre los dos ojos, el cual quedó sin sentido.

—¡Giulia, soy el vencedor...!

Y en aquel momento oyeron una voz.

—Perdone, profesor, pero aquí el único vencedor soy yo.

Giulia vio dirigirse hacia ellos a Robert Aldiss, el cual exhibía una pistola en la mano.

EPÍLOGO

Aldiss no estaba loco. Venía acompañado de Oscar y Henri.

Oscar señaló el hoyo.

—Eh, ahí está el millón...

—Hermoso, muy hermoso —dijo Aldiss.

—¿Quiere que abra el cofre?

—No, es cosa mía. Ocuparos del profesor y de la chica.

No nombró a Anthony, porque estaba sin conocimiento.

Oscar sacó su arma y Henri la suya.

Aldiss se acercó al agujero. Vio un cofre manchado de tierra.

Guardó la pistola y se agachó sobre él cogiéndolo por el asa.

—Demonios —dijo—. Pesa bastante.

Lo puso sobre una de las paredes de la porqueriza.

Atrapó una piedra y golpeó el candado. Tuvo que pegar varios golpes antes de romperlo.

Luego, abrió el cofre.

Sus ojos se agrandaron mirando al interior.

Metió las manos y sacó grandes fajos de billetes americanos.

—¡Un millón de dólares...! —dijo.

De pronto se oyó un disparo.

Robert Aldiss se tambaleó al recibir el impacto en el pecho.

Anthony el Loco había disparado desde el suelo.

Oscar y Henri se volvieron hacia él e hicieron fuego, pero Anthony puso en camino otra bala.

Oscar recibió un pildorazo en la frente y cayó sin emitir un solo gemido.

Henri estaba acribillando a Anthony.

Marcelo se arrojó sobre su pistola.

—Suelta el arma, Henri —ordenó.

Henri no le obedeció. Empezó a darse la vuelta y ya tenía el dedo en el gatillo.

Marcelo disparó dos veces.

Henri cayó hacia atrás y todavía disparó hacia el cielo.

Luego se hizo un profundo silencio.

Giulia estaba pálida como una muerta. Acercóse a Robert Aldiss, y le vio boca arriba, todavía sujetando los billetes contra su cuerpo, a pesar de que ya no le hacían ninguna falta.

Entonces, Giulia soltó un grito y se desmayó.

Marcelo se rascó con el cañón del revólver en la mejilla. Sí, evidentemente, él era el ganador.

Se agachó sobre Giulia y le palmeó las mejillas.

Ella volvió en sí.

—Marcelo, ¿esto es el cielo o la tierra?

—La tierra.

—¿Estás seguro?

—Tenemos un millón de dólares.

—¡Dios mío! ¡Entonces, es cierto...!

—Te ayudaré un poco para que estés más segura —dijo Marcelo y la besó en los labios.

Ella se separó y dijo:

—Marcelo, he de decirte algo muy deprisa... Me enamoré de ti hace mucho tiempo...

—Yo también tengo que decirte algo. Me volviste loco desde el primer momento en que te vi.

—¿Cómo no me lo dijiste antes, querido?

—No me atrevía.

—¡Pero si yo estuve comprometiéndote! ¿Es que no leías lo que te decían mis ojos cada vez que nos encontrábamos en la escalera?

—Cariño, tú ya lo sabes. No entiendo de mensajes.

—Oh, sí, la que descifra los mensajes soy yo. Pero ahora no te diré nada en clave.

—No, ya no es necesario.

—Marcelo, ¿qué haremos con un millón de dólares?

—Primero casarnos, y luego...

—No hace falta que lo expliques. Yo sé lo que vendrá luego —dijo Giulia y besó al profesor de Historia con la boca entreabierta.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).